



Número 240
Julio 2023

HERALDOS DEL EVANGELIO

Siete siglos de gloria

Lumen Veritatis



LUMEN VERITATIS es una revista académica trimestral que pretende ser un instrumento para la difusión del pensamiento de Santo Tomás de Aquino y para el fomento de la cultura cristiana, promoviendo un diálogo crítico entre el pensamiento escolástico y otras corrientes filosóficas.

**SUSCRÍBASE A LUMEN VERITATIS
DURANTE UN AÑO Y OBTENDRÁ**

**GRATUITAMENTE +
UN NÚMERO EXTRA**



Para más información:

www.lumenveritatis.org/diretor@lumenveritatis.org

📞 Suscríbese ahora por WhatsApp: (55-11) 4419-2311

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XXI, número 240, Julio 2023

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 912 770 770

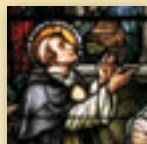
www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

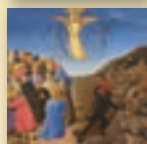
SUMARIO

Escriben los lectores 4

Santo Tomás Magno (Editorial) 5



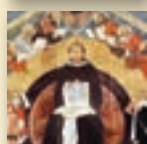
La voz de los Papas –
Aprendamos de las
enseñanzas de Santo Tomás 6



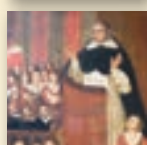
Comentario al Evangelio –
O todo o nada... 8



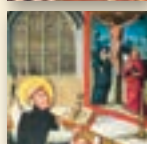
El itinerario angelical
de un varón 14



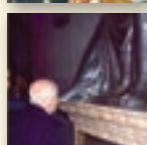
El título de gloria más alto 16



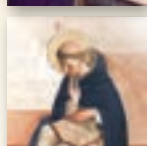
¡Id a Tomás!
..... 18



Humildad, prudencia
y piedad 22



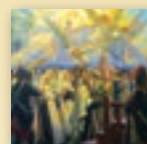
Lumbrera del sentido
católico 26



Amar y conocer es
contemplar 28



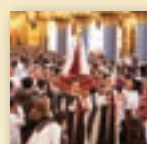
El canto del triple secreto 32



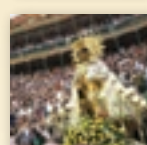
Beata Susana Águeda
Deloye – «Dichosos aquellos
de vida intachable» 36



Constante preocupación por
la educación de sus hijos 40



Heraldos en el mundo 42



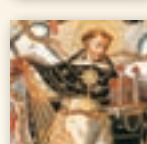
Sucedió en la Iglesia
y en el mundo 44



Historia para niños... –
La torre que tocó el Cielo 46



Los santos de
cada día 48



Nada más que Tomás 50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido
de la revista directamente
desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

EL DON DE TRANSMITIR LA PALABRA DE DIOS CON GRANDEZA Y SUAVIDAD

Dios, en su infinita bondad, dejó sus «huellas» en la naturaleza creada. Observando cada flor, cada estrella, contemplamos la idea de su grandeza.

Del mismo modo, leyendo en la revista *Heraldos* el «Comentario al Evangelio», observamos que Dios, mucho más allá de sus «huellas», nos ha dejado la dulzura de su Palabra.

Monseñor João Clá Dias tiene el don de comentar y transmitir esa Palabra con la fuerza de la grandeza y de la suavidad de Dios, que penetra en el corazón de aquellos que leen ese artículo del fundador de los *Heraldos*.

*Francisco Guarany
Fortaleza – Brasil*

«TODO LO QUE VENGA DEL ESPÍRITU DE UN SANTO NO PUEDE SALIR MAL»

Queremos agradecer infinitamente a la revista *Heraldos del Evangelio* las «Historias para niños... ¿o adultos llenos de fe?», publicadas en ella. Cada una de ellas es un verdadero tesoro, en estos tiempos tan difíciles en los que vivimos.

Gracias especialmente a Mons. João. Esta obra es otra muestra de que todo lo que venga del espíritu de un santo no puede salir mal.

*Marvy Feliz Gómez
Santo Domingo –
República Dominicana*

LA VIRGEN IVERSKAYA

Impresionante la historia «La Virgen Iverskaya – Guardiana y Puerta

del Cielo». No conocía esta advocación de la Virgen y me parece maravillosa, tan llena de contenido espiritual y teológico. Es increíble cómo todo concuerda históricamente y cómo nuestra Madre nos está advirtiéndolo y cuidando en todo momento, sin cesar.

Veo en ese magnífico relato su amor hacia Rusia y también su dolor por esta nación, claramente expuesto en todas las profanaciones al icono, que lloraba o sangraba seguramente para poder romper esos corazones de piedra, pero pocos se mantuvieron fieles. Aun así, lo que me transmite este artículo, personalmente, es cómo Ella sigue velando y esperando a ese país. A pesar de todo el rechazo recibido, a pesar de todo el sufrimiento, ahí está, aguardando a que tengan aunque sea un sutil pensamiento sobre Ella y así recordarles el camino: Jesús.

Creo que deberíamos meditar acerca de la actitud de la Virgen hacia Rusia y aplicarla a diferentes aspectos de nuestra vida, especialmente a esas personas de nuestro entorno que rechazan la fe. Esperemos a que en algún momento un ligero «desliz» les recuerde que tienen una Madre que, a pesar de todas sus dificultades, les acompañará incansablemente: la Virgen Iverskaya, Guardiana y Puerta del Cielo.

*Cristina Moutas Cimadevilla
Vía revistacatolica.org*

ENTUSIASMO POR LOS COMENTARIOS AL EVANGELIO

Estimado Mons. João Scognamiglio Clá Dias.

Leí sus comentarios al Evangelio en la revista del mes de mayo. Me quedé sin palabras. Le confieso que estoy tan entusiasmado con su lectu-

ra que voy a imprimir los textos para leerlos con frecuencia.

Desde niño he aceptado siempre el poder absoluto de Nuestro Señor Jesucristo; ahora, sin embargo, lo entiendo, limitadamente, con más sabiduría.

Que Dios le bendiga y guarde por mucho tiempo más.

Atentamente.

*Hans G. Schmitz
Vía revista.arautos.org*

VALE LA PENA PASAR POR DIFICULTADES PARA ALCANZAR EL REINO DE MARÍA

¡Qué belleza el artículo «¿Cómo será el Reino de María?»! Siento mi corazón estallar de alegría.

Bien vale la pena pasar por dificultades y penas en esta vida. Lo que nos espera al final es inimaginable.

*Elsa María Molina
Vía revistacatolica.org*

CONFIANZA EN LA INTERCESIÓN DE DÑA. LUCILIA

Deposito en manos de Dña. Lucilia su intervención para que me cure de un problema que me agobia en estos momentos. Confío en su intercesión y se lo agradezco.

De antemano, muchas gracias, Dña. Lucilia.

*Cenelia Cardona Cañas
Vía revistacatolica.org*

«ME SIENTO FELIZ DE HABER LEÍDO ESTE ARTÍCULO»

¡Qué hermosa narración la de la historia «El diario de un grano de trigo»! ¡Y qué gran imaginación! Me siento feliz de haberla leído. Gracias.

*Sonia Hernández S.
Vía revistacatolica.org*

SANTO TOMÁS MAGNO

Pocos personajes históricos merecieron el título de *magno*. Alejandro lo recibió por sus conquistas militares y por la expansión del Imperio macedonio. Carlos, también llamado *padre de Europa*, fue grande porque de él y de su Sacro Imperio Romano Germánico nació una nueva civilización. Hubo quienes pretendieron tal denominación, como Napoleón Bonaparte, pero sin éxito... La Iglesia, por su parte, le otorgó tan significativo apodo a un restringido número de santos como Basilio, León o Gregorio.

Tomás de Aquino fue elogiado con incontables atributos. Sin embargo, ante todo podría ser llamado *magno*, es decir, *grande*.

Grande fue su predestinación, pues desde su gestación, según comenta su biógrafo Guillermo de Tocco, su madre recibió revelaciones sobre la excepcional vocación de su hijo.

Grande igualmente fue su espíritu contemplativo. Aún pequeño, en el monasterio de Montecassino, insistía preguntándole a los monjes: «¿Quién es Dios?». Toda la catedral teológica de su doctrina se encontraba ya allí en germen.

Grande fue su pureza, pues practicó la virtud angélica de manera heroica, siendo ésta la faceta de su alma que más lo distinguió en los testimonios de su canonización. Como señaló Pío XI, si no hubiera sido angélico en la virtud, tampoco habría sido doctor. Poco antes de la muerte de Tomás, su confesor contó que sus faltas eran similares a las de un niño inocente.

Grande también fue su cuerpo, pero más aún su alma, por practicar eximamente la magnanimidad, virtud que hace que el espíritu tienda a la grandeza, como él mismo subrayó.

Grande, además, fue su disciplina en los estudios, cuyo maestro sólo podía ser un santo *magno*, llamado Alberto. Escribió más de un centenar de obras, buena parte de ellas por encargo de variados interlocutores, desde Papas, reyes y nobles, hasta compañeros de estudio y hermanos de hábito.

Gran catedrático en la Universidad de París, sus concurridísimas clases no sólo captaban la atención de los jóvenes, sino que también atraían la mirada envidiosa de sus iguales. Así pues, también fueron nimias las disputas con sus opositores. No obstante, la verdad siempre luchó a su favor.

Gran poeta de la Eucaristía, compuso admirables himnos a Jesús Sacramentado, como el *Adoro te devote*, que aún hoy siguen inspirando la piedad católica.

Grandes también fueron sus milagros, por lo que Juan XXII comentó de él: «Escribió tantos artículos como milagros realizó».

Grandes, finalmente, fueron los honores que se le rindieron, hasta el punto de que Benedicto XV afirmara que la Santa Iglesia asumió como propia la doctrina del Aquinate.

Podríamos continuar recorriendo los grandiosos atributos del *ángel de las escuelas*, muchos de ellos ilustrados en las páginas de esta edición. Pero insistimos en atribuirle el título de *magno* y es de esperar que la Iglesia lo haga en el futuro, pues a diferencia de los Alejandro y Napoleones, la magnificencia del Angélico atraviesa los siglos de la historia y permanece viva en nuestros días.

Esto se debe a que Tomás de Aquino no ostentó la vanagloria de los césares ni recibió el incienso oscurecido de los aduladores, sino que fue coronado con la más grandiosa de las glorias: la de la santidad, cuyo reconocimiento de la Iglesia mediante su canonización tuvo lugar el 18 de julio de 1323, hace exactamente setecientos años. Entonces a él se le abrió el luminoso camino de los auténticamente *magnos*. ✦



Santo Tomás de Aquino, detalle (editado) de «Madonna delle ombre», de Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia)

Foto: Reproducción



Aprendamos de las enseñanzas de Santo Tomás

El esfuerzo de la mente humana —recuerda el Aquinate con su vida misma— siempre está iluminado por la oración, por la luz que viene de lo Alto. Sólo quien vive con Dios y con los misterios puede comprender también lo que esos misterios dicen.

Quiero completar hoy, con una tercera parte, mis catequesis sobre Santo Tomás de Aquino. Incluso más de setecientos años después de su muerte, podemos aprender mucho de él. Lo recordaba también mi predecesor, el papa Pablo VI, [...]: «Todos, todos los que somos hijos fieles de la Iglesia podemos y debemos, por lo menos en alguna medida, ser discípulos suyos».

Aprendamos, pues, también nosotros de Santo Tomás y de su obra maestra, la *Summa Theologiae*.

Una obra monumental

Aunque quedó incompleta, es una obra monumental: contiene 512 cuestiones y 2.669 artículos. Se trata de un razonamiento compacto, cuya aplicación de la inteligencia humana a los misterios de la fe avanza con claridad y profundidad, enlazando preguntas y respuestas, en las que Santo Tomás profundiza la enseñanza que viene de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia, sobre todo de San Agustín.

En esta reflexión, en el encuentro con verdaderas preguntas de su tiempo, que a menudo son asimismo preguntas nuestras, Santo Tomás, utilizando también el método y el pen-

samiento de los filósofos antiguos, en particular de Aristóteles, llega así a formulaciones precisas, lúcidas y pertinentes de las verdades de fe, donde la verdad es don de la fe, resplandece y se hace accesible para nosotros, para nuestra reflexión. Sin embargo, este esfuerzo de la mente humana —recuerda el Aquinate con su vida misma— siempre está iluminado por la oración, por la luz que viene de lo Alto. Sólo quien vive con Dios y con los misterios puede comprender también lo que esos misterios dicen.

En la *Summa Theologiae*, Santo Tomás parte del hecho de que existen tres modos distintos del ser y de la esencia de Dios: Dios existe en sí mismo, es el principio y el fin de todas las cosas; por tanto, todas las criaturas proceden y dependen de él; luego, Dios está presente a través de su gracia en la vida y en la actividad del cristiano, de los santos; y, por último, Dios está presente de modo totalmente especial en la Persona de Cristo, unido aquí realmente con el hombre Jesús, que actúa en los sacramentos, los cuales derivan de su obra redentora.

Por eso, la estructura de esta obra monumental, un estudio con «mirada teológica» de la plenitud de Dios, está

articulada en tres partes, y el mismo *Doctor Communis* —Santo Tomás— la explica con estas palabras: «El objetivo principal de esta sagrada doctrina es llevar al conocimiento de Dios, y no sólo como ser, sino también como principio y fin de las cosas, especialmente de las criaturas racionales. En nuestro intento de exponer dicha doctrina, trataremos lo siguiente: primero, de Dios; segundo, de la marcha del hombre hacia Dios; tercero, de Cristo, el cual, como hombre, es el camino en nuestra marcha hacia Dios». [...]

Rigor científico accesible a todos

Lo que Santo Tomás ilustró con rigor científico en sus obras teológicas mayores, como la *Summa Theologiae*, o la *Summa contra Gentiles*, lo expuso también en su predicación, dirigida a los estudiantes y a los fieles.

En 1273, un año antes de su muerte, durante toda la Cuaresma tuvo predicaciones en la iglesia de Santo Domingo Mayor en Nápoles. El contenido de esos sermones se recogió y conservó: son los *Opuscoli*, en los que explica el Símbolo de los Apóstoles, interpreta la oración del Padre nuestro, ilustra el Decálogo y comenta el Ave María.

El contenido de la predicación del *Doctor Angelicus* corresponde casi completamente a la estructura del Catecismo de la Iglesia católica. [...]

Contenido esencial de las predicaciones en Nápoles

Quiero poner algunos ejemplos del contenido, sencillo, esencial y convincente, de las enseñanzas de Santo Tomás. En su opúsculo sobre el Símbolo de los Apóstoles explica el valor de la fe. Por medio de ella, dice, el alma se une a Dios, y se produce como un brote de vida eterna; la vida recibe una orientación segura, y nosotros superamos fácilmente las tentaciones.

A quien objeta que la fe es una necesidad, porque hace creer en algo que no entra en la experiencia de los sentidos, Santo Tomás da una respuesta muy articulada, y recuerda que se trata de una duda inconsistente, porque la inteligencia humana es limitada y no puede conocerlo todo. Sólo en el caso de que pudiéramos conocer perfectamente todas las cosas visibles e invisibles, entonces sería una auténtica necesidad aceptar verdades por pura fe. Por lo demás, es imposible vivir —observa Santo Tomás— sin fiarse de la experiencia de los demás, donde el conocimiento personal no llega.

Por tanto, es razonable tener fe en Dios que se revela y en el testimonio de los Apóstoles: eran pocos, sencillos y pobres, afligidos a causa de la crucifixión de su Maestro; y aun así, muchas personas sabias, nobles y ricas se convirtieron en poco tiempo al escuchar su predicación. Se trata, en efecto, de un fenómeno históricamente prodigioso, al cual difícilmente se puede dar otra respuesta razonable que no sea la del encuentro de los Apóstoles con el Señor resucitado.

«Ser un solo corazón con Cristo»

Comentando el artículo del Símbolo sobre la Encarnación del Verbo



Santo Tomás de Aquino - Iglesia de Nuestra Señora de la Consolación, Carey (Estados Unidos)

El objetivo de la sagrada doctrina es llevar al conocimiento de Dios como principio y fin de las cosas

divino, Santo Tomás hace algunas consideraciones.

Afirma que la fe cristiana, considerando el misterio de la Encarnación, queda reforzada; la esperanza se eleva con más confianza al pensar que el Hijo de Dios vino en medio de nosotros, como uno de nosotros,

para comunicar a los hombres su divinidad; la caridad se reaviva, porque no existe signo más evidente del amor de Dios por nosotros, que ver al Creador del universo que se hace Él mismo criatura, uno de nosotros. Por último, considerando el misterio de la encarnación de Dios, sentimos que se inflama nuestro deseo de alcanzar a Cristo en la gloria.

Haciendo una comparación sencilla y eficaz, Santo Tomás observa: «Si el hermano de un rey estuviera lejos, ciertamente anhelaría poder vivir a su lado. Pues bien, Cristo es nuestro hermano: por tanto, debemos desear su compañía, llegar a ser un solo corazón con Él».

La oración perfecta y la devoción a la Virgen

Presentando la oración del Padre nuestro, Santo Tomás muestra que es perfecta en sí, pues tiene las cinco características que debería poseer una oración bien hecha: abandono confiado y tranquilo; conveniencia de su contenido, porque —observa Santo Tomás— «es muy difícil saber exactamente lo que es oportuno pedir y lo que no, pues nos resulta difícil la selección de los deseos»; y, también, orden apropiado de las peticiones, fervor de caridad y sinceridad de la humildad.

Santo Tomás fue, como todos los santos, un gran devoto de la Virgen. La definió con un apelativo estupendo: *Triclinium totius Trinitatis*, triclinio, es decir, lugar donde la Trinidad encuentra su descanso, porque, con motivo de la Encarnación, en ninguna criatura, como en Ella, las tres Personas divinas habitan y sienten delicia y alegría por vivir en su alma llena de gracia. Por su intercesión podemos obtener cualquier ayuda. ✧

Fragmentos de:
BENEDICTO XVI.
Audiencia general, 23/6/2010.



El Juicio final, de Fra Angélico - Galería Nacional de Arte Antiguo, Roma

Reproducción

EVANGELIO

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:
⁴⁴ «El Reino de los Cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo.

⁴⁵ El Reino de los Cielos se parece también a un comerciante de perlas finas, ⁴⁶ que al encontrar una de gran valor se va a vender todo lo que tiene y la compra.

⁴⁷ El Reino de los Cielos se parece también a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces: ⁴⁸ cuando está llena, la arrastran

a la orilla, se sientan y reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran. ⁴⁹ Lo mismo sucederá al final de los tiempos: saldrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos ⁵⁰ y los echarán al horno de fuego. Allí será el llanto y el rechinar de dientes.

⁵¹ ¿Habéis entendido todo esto?». Ellos le responden: «Sí». ⁵² Él les dijo: «Pues bien, un escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es como un padre de familia que va sacando de su tesoro lo nuevo y lo antiguo» (Mt 13, 44-52).

O todo o nada...

Ante la fascinante belleza del Hijo de Dios y del don extraordinario de ser llamado al Reino de los Cielos, nos corresponde a nosotros una renuncia completa a lo que nos aleja de ellos: entregarlo todo, so pena de no haber dado nada.



✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – ¿POR QUÉ HABLAR EN PARÁBOLAS?

El Evangelio seleccionado por la Santa Iglesia, Maestra infalible de la verdad, para este decimoséptimo domingo del Tiempo Ordinario corresponde al pasaje final del capítulo 13 de San Mateo, en el cual el Señor enseña mediante metáforas: «Jesús dijo todo esto a la gente en parábolas y sin parábolas no les hablaba nada, para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta: “Abriré mi boca diciendo parábolas; anunciaré lo secreto desde la fundación del mundo”» (13, 34-35).

A sus discípulos les explicaba en privado el significado de las alegorías, a fin de instruirlos adecuadamente y prepararlos para ser los maestros de la Iglesia, como explica Santo Tomás de Aquino.¹ Sin embargo, la muchedumbre que le escuchaba no lograba penetrar en los arcanos de la Buena Noticia anunciada por Jesús. En este sentido, se mostraba severo en relación con los que le oían, por una sencilla razón: sus corazones estaban lejos de la verdad, pues, imbuidos de espíritu utilitario, tan sólo anhelaban beneficiarse de los milagros obrados por el divino Taumaturgo. La perspectiva de un cambio de vida en la línea de la santidad, insistentemente pedido por el Salvador, no les importaba. Allí se encontraba, según sus desviados conceptos, un profeta fuera de serie, capaz de resolver las situaciones más adversas mediante prodigios extraordinarios, lo que hacía la vida más segura y placentera; las enfer-

medades, incluso las incurables, eran sanadas por Él con una asombrosa facilidad y la alimentación ya no representaba un problema ante tanto poder. Tal perspectiva no sólo atraía a gente de bien, sino a incontables interesados.

De modo que al ser interrogado por sus seguidores acerca del motivo por el cual le predicaba al pueblo en parábolas, Nuestro Señor responde con rigor: «A vosotros se os han dado a conocer los secretos del Reino de los Cielos y a ellos no. Porque al que tiene se le dará y tendrá de sobra, y al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. Por eso les hablo en parábolas, porque miran sin ver y escuchan sin oír ni entender. Así se cumple en ellos la profecía de Isaías: “Oiréis con los oídos sin entender; miraréis con los ojos sin ver; porque está embotado el corazón de este pueblo, son duros de oído, han cerrado los ojos; para no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni entender con el corazón, ni convertirse para que yo los cure”» (Mt 13, 11-15).

En sentido contrario, las tres parábolas propuestas en el Evangelio de hoy parecen haber sido dichas en la intimidad, en los intervalos entre las distintas predicaciones del Señor. Interrogados por el Maestro, los discípulos afirman haber entendido su significado, señal de estar en consonancia con la Revelación. A la luz de los comentarios que de ellas hace el Doctor Angélico, meditemos sobre estas divinas enseñanzas, de elevadísimo valor para cada fiel.

En cada una de las tres parábolas propuestas por Jesús a los discípulos se destaca un aspecto de la doctrina evangélica

II – ABUNDANCIA, BELLEZA Y ECLESIALIDAD

Según Santo Tomás, en estas parábolas Nuestro Señor pretende mostrarle a los más cercanos la dignidad de su enseñanza, subrayando tres aspectos de la doctrina evangélica: la abundancia, al comparar el Reino de los Cielos con un tesoro escondido en el campo; la belleza, cuando los compara con una perla; y la eclesialidad, al referirse a la red de los pescadores, en la cual se recoge una multitud de peces.

Hay todavía otro aspecto a destacar: el hecho de que el Reino de los Cielos sea de una sublimidad tan alta que justifica la necesidad de dejarlo todo para adquirirlo. Como más tarde el Señor pondrá en evidencia en el episodio del joven rico, todas las cosas creadas se vuelven nada y polvo frente a los quilates espirituales de la salvación eterna, comprada por Él al elevado precio de su sangre preciosísima: «Si quieres ser perfecto, anda, vende tus bienes, da el dinero a los pobres —así tendrás un tesoro en el Cielo— y luego ven y sígueme» (Mt 19, 21).

La abundancia de la sagrada doctrina

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ⁴⁴«El Reino de los Cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo».



«Parábola del tesoro escondido», de Domenico Fetti - Colección privada

Así como un tesoro se caracteriza por la abundancia de riquezas, la doctrina del Santo Evangelio consiste en la profusión de la sabiduría, dejando aquí los conocimientos humanos, por muy sutiles o elevados que fueran. ¿Y por qué se trata de una preciosidad escondida? Porque no es para todos. De hecho, los corazones impuros no logran hallarla, lo que explica la incomprensión que el estilo de vida verdaderamente cristiano produce en los grandes del mundo. En el mismo sentido apuntan las palabras de Nuestro Señor al Padre: «Has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños» (Mt 11, 25).

Analizando con agudeza y unción este aspecto, la genialidad de Santo Tomás descubre en él todavía otros significados. A veces ciertas realidades muy elevadas deben ocultarse por cautela, a fin de evitar envidias. Además, así como el calor del fuego se concentra en un lugar cerrado, así también el tesoro de la Palabra de Dios calienta con más intensidad el fervor de la caridad cuando se custodia con aprecio en el corazón. Finalmente, el hecho de no mostrarlo de manera superficial impide que su verdadero valor se oscurezca por el pecado de la vanagloria, como le ocurriría a la llama si se expusiera al viento.

Por otra parte, el tesoro simboliza con propiedad el Sagrado Corazón de Jesús, que contiene todas las riquezas de la sabiduría y de la ciencia. Por lo tanto, el Reino de los Cielos se identifica con la Persona del Señor, considerada en la plenitud de su santidad, como Redentor que extiende a los hombres su acción salvífica. El campo, a su vez, representa la tierra fértil y virginal de la Santa Iglesia, que esconde el divino tesoro. Habiendo encontrado a la Esposa Mística de Cristo, hemos de dejar atrás todo para pertenecer enteramente a ella, participando de la riqueza infinita que nos ofrece.

La belleza y la sublimidad de la enseñanza evangélica

⁴⁵ «El Reino de los Cielos se parece también a un comerciante de perlas finas, ⁴⁶ que al encontrar una de gran valor se va a vender todo lo que tiene y la compra».

Comparar el Reino de los Cielos a una perla de gran valor equivale a resaltar la belleza del mensaje evangélico, proclamado por la propia Palabra de Dios encarnada, que nos abre las puertas del Cielo para conducirnos hasta allí. Al recordarnos

Habiendo encontrado a la Esposa Mística de Cristo, hemos de dejarlo todo para pertenecer enteramente a ella, participando de la riqueza infinita que nos ofrece

Reproducción

que San Gregorio Magno relaciona la perla con la gloria celestial, por ser ésta el mayor bien deseable, Santo Tomás cita el salmo que dice: «Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por los días de mi vida» (26, 4).

También hay otro significado más sublime en la parábola, extraído del primero: siendo la Belleza sustancial, infinitamente superior a toda belleza creada, Dios Hijo debe ser preferido de forma absoluta a cualquier otra criatura, lo que da pleno sentido a la obligación de venderlo todo a fin de adquirir la divina Perla.

Finalmente, el Aquinate propone otra interpretación, basada en San Agustín. Todas las virtudes pueden ser comparadas a perlas preciosas, pero entre ellas destaca una por su importancia: la caridad. Por el hecho de ser la reina de las virtudes y la más prominente perfección de la humanidad santísima de Nuestro Señor, es preferible a todos los bienes, como recuerda enfáticamente el Apóstol de las gentes: «Por Él lo perdí todo, y todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo» (Flp 3, 8).

Los malos serán separados

⁴⁷ «El Reino de los Cielos se parece también a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces: ⁴⁸ cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan y reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran».

Al comentar estos versículos, Santo Tomás subraya la eclesialidad de la doctrina evangélica en cuanto participación común en los grandes bienes. El mar representa el mundo y las redes la Iglesia, en la cual se juntan peces de variados tamaños y especies. La universalidad de la salvación es una característica del Nuevo Testamento, pues la ley del Evangelio congrega a todos los hombres. Sin embargo, no todos la aprovechan, como bien ilustra la parábola del sembrador, narrada en este mismo capítulo de San Mateo (cf. Mt 13, 4-9). Algunos corazones se vuelven terreno infértil, pedregoso o lleno de abrojos que impiden la germinación y crecimiento de la semilla, así como hay peces no deseados en la red del pescador.

En efecto, en el transcurso de nuestro período de prueba en este mundo, Dios permite que la cizaña nazca en medio del trigo y que peces malos se mezclen con los buenos, pero al final de los tiempos serán separados. ¿Sólo en la consumación de los siglos? Absoluta y definitivamente, sí. No obstante, a lo largo de la historia el Señor per-

mite que se produzcan ciertas separaciones para preservar la vida y la santidad de su Iglesia.

Si recordamos, por ejemplo, la herejía arriana, su expansión, preponderancia y dominio, podremos calcular hasta qué punto Nuestro Señor Jesucristo tuvo que intervenir con fuerza irresistible en favor de su inmaculada Esposa profanada, humillada y gravemente debilitada por la propagación de la falsa doctrina. Sin embargo, gracias a la intervención del brazo de Dios, la ortodoxia venció.

Esto nos llena de confianza, porque hoy también la Iglesia es blanco de ataques y conspiraciones, muchas veces provenientes —con dolor lo decimos— de quienes con mayor respeto y veneración deberían dar su vida para protegerla. Al contrario, sirviéndose de una manera diabólica de su influencia, buscan deshonorarla, desvirtuarla y profanarla, en un intento siempre frustrado de transformarla en una sucursal de la «sinagoga de Satanás» (Ap 3, 9).

Nada de esto debe amedrentar a los fieles que, congregados bajo el manto de María Santísima, esperan con confianza inquebrantable el socorro del Cielo prometido en Fátima y en tantas otras apariciones aprobadas por la Iglesia. Dios intervendrá y vencerá, como sucedió en los milenios que nos precedieron. Esta vez, no obstante, considerando el particular horror del mal que asola a la Iglesia y al mundo, asistiremos, sin duda, a una intervención sin precedentes en rigor, fuerza y misericordia.

En la parábola, las redes representan a la Iglesia; Dios permite ciertas separaciones entre los buenos y los malos que en ella están, para preservar su santidad



«La pesca milagrosa», de Joachim Beuckelaer - Museo Getty, Los Ángeles (Estados Unidos)

En lo que se refiere al destino eterno, no existe una tercera vía: o se va al Cielo o al infierno... ¿Quién atravesará las gloriosas puertas del Paraíso?

Sólo existen dos caminos

⁴⁹ «Lo mismo sucederá al final de los tiempos: saldrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos ⁵⁰ y los echarán al horno de fuego. Allí será el llanto y el rechinar de dientes».

Hecha la separación figurada en el versículo anterior, el Señor destaca ahora cómo, en lo que se refiere al destino eterno, no existe una tercera vía: o se va al Cielo o al infierno. Constituyen una multitud los que pretenden llevar una vida correcta —mediocre o tibia—, pensando que así es posible tender un puente entre el bien y el mal. Sin embargo, el fin del mundo nos sitúa ante la única alternativa verdadera: la salvación o la condenación.

¿Quién atravesará las gloriosas puertas del Paraíso? La propia secuencia de las parábolas nos lo indica. Sólo quienes sepan atribuir el debido valor al tesoro escondido y a la perla preciosa serán constituidos, en las palabras de San Pablo, «herederos de Dios y coherederos con Cristo» (Rom 8, 17). Aquellos que, aun evitando los excesos de los facinerosos, hayan vivido fuera de la práctica de los mandamientos —y aquí cabe recordar que el primero de ellos es el más olvidado y el más relevante— serán arrojados al horno de fuego por los ángeles justicieros. A partir de esta realidad se entiende que a Dios o se le da todo o no se le da nada...

En la actualidad, lamentablemente, la predicción sobre la verdad dogmática del infierno ha caído en el olvido, cuando no es vista con recelo, como algo superado. No obstante, en quince ocasiones el Señor amenaza a sus oyentes con este castigo eterno, reservado a aquellos que, prefirien-

do sus egoísmos o esclavizándose a sus pasiones, le dan la espalda a Dios, el único que tiene derecho a ser amado sobre todas las cosas. No perdamos de vista los novísimos y evitemos el fracaso sempiterno anunciado en el Apocalipsis: «Los cobardes, incrédulos, abominables, asesinos, impuros, hechiceros, idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda» (21, 8).

El Antiguo Testamento se explica a la luz del Nuevo

⁵¹ «¿Habéis entendido todo esto?». Ellos le responden: «Sí». ⁵² Él les dijo: «Pues bien, un escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es como un padre de familia que va sacando de su tesoro lo nuevo y lo antiguo».

Los discípulos fueron examinados por el Señor y pasaron la prueba con éxito. Habían comprendido el sentido espiritual escondido en las parábolas, de suerte que se preservaron de la maldición de Isaías referida al comienzo de estas líneas. Eran así esclarecidos por la luz del Espíritu Santo, gracias a la arrobada admiración que tenían con relación a Jesús y a la unión de corazones con Él.

Por eso el divino Maestro los llama a continuación «escribas» —maestros de la ley—, ya no de la caduca ley mosaica, sino del Reino de los Cielos. Santo Tomás explica con agudeza el significado de ese apelativo: se convirtieron en anunciadores de Cristo al escribir sus mandamientos en las tablas de sus propios corazones y de los demás.



El Juicio final - Iglesia de San Jorge, Haguenau (Francia)

Ralph Hammann (CC by-sa 4.0)

Jesús también los compara a un padre de familia, pues deberían engendrar la vida de la gracia en las almas de sus oyentes mediante la predicación de la Palabra divina y la distribución de los sacramentos. Por otra parte, afirma que es necesario extraer del tesoro de la Revelación lo nuevo y lo antiguo, porque la Antigua Ley, aun repleta de valiosísimas enseñanzas, se vuelve clara a la luz del Evangelio. Nuestro Señor prepara a los Apóstoles para que sepan descubrir, especialmente después de la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés, el auténtico sentido espiritual de todo lo que las Escrituras recogen.

III – ENTREGUÉMONOS A JESÚS SIN RESERVAS

Aunque de sublime sencillez, las tres parábolas de este domingo están cargadas de significado y, sobre todo, de exigencias. Escucharlas implica una invitación a cambiar por completo de mentalidad, dándole a Dios el predominio absoluto que le es debido en cualquier estado de vida. Debemos sellar nuestros corazones con su amor y dedicarle únicamente a Él cada instante de nuestra vida, lo que requiere una actitud radical. Se vuelve necesario comprender, como se ha dicho antes, la existencia de tan sólo dos caminos —el de la salvación y el de la perdición— y, ante esta disyuntiva, empeñarse con todas las fuerzas interiores por alcanzar la anhelada meta del Paraíso celestial.

Desgraciadamente son incontables los católicos tibios que, a lo sumo, le dan a Dios una parte de sus corazones y el resto al mundo. Respecto a esta clase de discípulos superficiales y a veces impostores, advierte San Juan: «Conozco tus obras, tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto. Sé vigilante y reanima lo que te queda y que estaba a punto de morir, pues no he encontrado tus obras perfectas delante de mi Dios. Acuérdate de cómo has recibido y escuchado mi palabra, y guárdala y conviértete. Si no vigilas, vendré como ladrón y no sabrás a qué hora vendré sobre ti» (Ap 3, 1-3).

Así pues, urge tener cuidado con la tentación de la mediocridad. Las virtudes cardinales buscan la equidad entre dos extremos malos. Por ejemplo, la fortaleza vence a la pusilanimidad y domina la audacia temeraria. No sucede lo mismo, sin embargo, en relación con las virtudes teologales, entre las que se encuentra la caridad. Por el hecho de referirse directamente a Dios, no existe en ella término medio. Se trata de una virtud extremada, como enseña San Bernardo

cuando afirma que «la medida del amor a Dios es amarle sin medida».² El propio Santo Tomás, en su célebre himno *Adoro te devote*, le suplica a Dios: *Fac me tibi semper magis credere, in te spem habere, te diligere* —haz que yo crea más y más en ti, que en ti espere, que te ame.

El mediocre o tibio peca, como se ha mencionado arriba, contra el primer y más importante mandamiento, que nos ordena: «Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Dt 6, 5). Para ser fiel a tal precepto, necesitamos concentrar nuestras energías en este santo afecto, tratando de crecer en él sin cansarnos o desistir jamás, porque el Altísimo es infinitamente digno de ser amado.

Muchos hombres, no obstante, reducen este mandamiento a la observancia sumaria de algunos actos de culto o a un comportamiento indolente que se limita a evitar los desvíos morales extremos. De modo que, viviendo mal el mandamiento del amor, caen de una forma casi imperceptible en el abismo del pecado mortal y en la esclavitud a ciertas pasiones desordenadas, y aún así, engañados por la apariencia de bien que creen practicar, se juzgan buenos porque «no hacen mal a nadie». El Apocalipsis vuelve a quitarles la venda de los ojos a estos mediocres, a fin de que puedan reconocer su estado y penitenciarse: «Conozco tus obras: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero porque eres tibio, ni frío ni caliente, estoy a punto de vomitarte de mi boca» (3, 15-16).

Respecto a Dios vale el dicho popular: o todo o nada. Pensar en darle sólo un poco o una parte es una ilusión. Ante la inagotable bondad divina y del fascinante resplandor de su inigualable belleza solamente cabe una actitud: dejar de lado nuestro apego a las criaturas y entregarle por completo, sin reservas ni condiciones, nuestro corazón.

La Santísima Virgen María será la intercesora de todos aquellos que, reconociendo sus flaquezas, sepan recurrir a Ella suplicándole esta gracia: darlo todo a Dios, darlo para siempre y darlo con alegría. ✧

Pensar en darle a Dios sólo un poco o una parte es una ilusión; únicamente cabe una actitud: dejar de lado nuestro apego a las criaturas y entregarle por completo nuestro corazón

¹ En sintonía con el homenaje que esta edición de nuestra revista le dedica al Doctor Angélico, las citas y referencias del presente artículo han sido tomadas de: SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Lectura super Matthæum*, c. 13, lect. 4.

² SAN BERNARDO DE CLARAVALL. «Tratado sobre el amor a Dios», c. VI, n.º 16. In: *Obras Completas*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1993, t. I, p. 323.

El itinerario angelical de un varón

Entre sus filas, la familia dominica cuenta con un sol de incomparable grandeza. A este astro le cupo beneficiar a la Iglesia con la luz de su enseñanza y, sobre todo, con el calor de su santidad.

✠ **Rodrigo Siqueira Pinto Ferreira**



Tomás nació en los alrededores de Aquino, a finales de 1224 o principios del año siguiente, en el seno de una de las familias más ilustres del reino de Sicilia. Entre sus parientes figuran el emperador Barbarroja, su tío, y Federico II del Sacro Imperio, su primo.

Deseando ver a uno de sus retoños en el trono abacial del monasterio de Montecassino, situado en las inmediaciones del feudo familiar, sus padres dispusieron que el pequeño Tomás entrara en la vida religiosa. Apenas tenía 6 años y ya estaba en el camino del gran San Benito. Dotado de un espíritu profundo y al mismo tiempo elevado, reflexionaba sobre las verdades de la fe que oía. Incluso al comienzo de su instrucción, se hizo conocido por inquirir de sus hermanos una explicación cabal de quién era Dios.

Contacto con la Orden de Predicadores

Debido a ciertas disensiones entre el Sacro Imperio y Roma, sus padres lo enviaron a Nápoles con 14 años para que estudiara artes liberales en la universidad que allí acababa de ser constituida. Durante este período es cuando floreció su verdadera vocación. Al tomar contacto con la Orden de Pre-

dicadores, recién fundada por Santo Domingo de Guzmán, se sintió sobremanera atraído e ingresó en sus filas.

Sin embargo, por ser mendicante, la orden chocaba con los patrones mundanos de la época, en especial con los objetivos de realización humana de sus padres. Por eso su madre les mandó a sus hijos que secuestraran a Tomás y lo llevaran de vuelta a casa.

Maestro en París

Tras concluir su encarcelamiento entre los suyos en 1245, el joven religioso fue conducido por el propio superior general de los dominicos a la entonces capital del pensamiento cristiano: París, la «nueva Atenas». En el convento de Saint-Jacques encontraría el ambiente de recogimiento y meditación necesarios para el buen aprovechamiento de sus estudios.

A fin de cursar Teología ingresó en la universidad, donde tuvo como compañero al Doctor Seráfico, San Buenaventura, y como guía y maestro a San Alberto Magno, el Doctor Universal, a quien siguió tres años más tarde a Colonia.

En 1252, con 27 años, regresó a París como bachiller y comenzó a enseñar para obtener el título de maestro. En marzo de 1256 recibió la *licentia*

docendi junto con San Buenaventura. En ese período tejió los comentarios al libro de las *Sentencias* de Pedro Lombardo, así como también al Evangelio de San Mateo y al Libro de Isaías. Cuatro años más tarde escribiría la *Suma contra los gentiles*, obra en la que se abordan los principios filosóficos que sostienen la fe cristiana.

Su prestigio de sabio y de santo había llegado hasta los más altos medios eclesiásticos. Entre 1259 y 1268 fue convocado a acompañar a la corte pontificia en sus viajes por Italia como teólogo-consultor del Papa. Conciliaba su nuevo cargo con la magistratura de París.

Ardiente devoto del Santísimo Sacramento

Tanto amor nutría Tomás por el Pan de los ángeles que era el primero en despertarse durante la noche para postarse ante el sagrario. Cuando sonaba la campana de maitines, regresaba sigilosamente a su celda para que nadie lo notara. La Divina Providencia, no obstante, dispuso los acontecimientos de tal modo que el mundo conociera el ardor eucarístico que rebosaba del corazón de este gran hombre.

Se dice que Urbano IV, con el fin de crear un oficio propio para la re-

cién instituida solemnidad de Corpus Christi, le solicitó a cada uno de sus principales teólogos que elaboraran una propuesta, al objeto de elegir la más adecuada. Vencido el plazo, se reunieron todos con el Papa y, no sin renuencia, Santo Tomás fue el primero que leyó su propio trabajo. La audición de las alabanzas oriundas del corazón del Aquinate provocó un arrobamiento general. San Buenaventura, que también figuraba allí, se quedó tan impresionado con la calidad de la composición del Doctor Angélico que rasgó lo que llevaba escrito, siendo imitado acto seguido por los demás. Actitud de inusual humildad, lamentablemente rara en los círculos intelectuales...

De la secuencia *Lauda Sion*, cuyas alabanzas siempre estarán por debajo de lo merecido, parece elevarse a los Cielos el clamor más puro y devoto de cuantos encuentran en el sacramento del altar la presencia real de aquel mismo Jesús que, triunfante, recorrió Galilea después de su Resurrección animando a los Apóstoles.

Consejero del rey

De regreso a París, en 1269, San Luis IX lo nombró su consejero particular.

El santo monarca lo convidó cierta vez a su mesa. Sin preocuparse por el prestigio que tal invitación conllevaba, se excusó alegando que estaba dictando la *Suma Teológica*, trabajo que no podría interrumpirse fácilmente. El rey se dirigió entonces al superior del santo, quien en nombre de la obediencia le ordenó que asistiera al convite.

Mientras los comensales charlaban animadamente, fray Tomás se mantenía ajeno, sumido en sus pensamientos. Los cortesanos, divertidos e intrigados, observaban al singular invitado que, de repente, golpeó la mesa exclamando en voz alta: «*Modo conclusum est contra hæresim Manichæi*».¹ Acababa de encontrar el argumento decisivo contra la herejía de los maniqueos y no pudo contener su alegría.

Estupefacto, su superior le reprendió, advirtiéndole que se hallaba en presencia del rey y de los nobles. Sin embargo, San Luis, que compartía los mismos ideales de conquista de la verdad y del servicio de Dios, mandó que su secretario personal tomara nota del argumento recién expresado.

Una visión misteriosa

Dos años antes de su muerte, la obediencia lo envió de vuelta a su tierra natal a fin de fundar allí un gran centro teológico dominico, como el que había en Roma. En el poco tiempo que le restaba se dedicó a escribir la tercera parte de la *Suma Teológica*, que quedó incompleta...



La vida de Santo Tomás de Aquino y su vasta obra estuvieron marcadas por un ardiente amor a Dios

Santo Tomás de Aquino,
de Fra Angélico - Museo Nacional
del Hermitage, San Petersburgo (Rusia)

Después de la fiesta de San Nicolás, Reginaldo de Piperno, su fiel secretario, se dio cuenta de que Tomás había dejado de escribir y estaba más callado que de costumbre. Entonces, le indagó el motivo de tal actitud. «Ya no puedo más», le contestó el maestro. Ante la insistencia de fray Reginaldo, finalmente le dijo, pidiendo reservas: «Todo lo que he escrito hasta hoy me parece paja, en comparación con lo que he visto y me ha sido revelado».

«Lo dejo todo a la corrección de la Santa Iglesia»

Unos meses más tarde, el Papa Gregorio X convocó un concilio ecuménico en Lyon, en el que iba a participar el Doctor Angélico. Éste, cada vez más volcado en las realidades sobrenaturales y enajenado del mundo, fue detenido en mitad del viaje por una enfermedad mortal.

Dignas de mención son sus palabras tras recibir el viático: «Te recibo, prenda del rescate de mi alma; te recibo, viático de mi peregrinación. Por amor a ti, he estudiado, velado, trabajado; te he predicado y enseñado. Nada dije contra ti, pero si lo hice, fue sin saberlo; no persisto obstinadamente en mis juicios; si he hablado mal de este y de los otros sacramentos, lo dejo todo a la corrección de la Santa Iglesia Romana, en cuya obediencia salgo ahora del mundo».²

El 7 de marzo de 1274, habiendo recibido piadosamente los últimos sacramentos, entregó su espíritu. Y, por fin, pudo contemplar sin velos a aquel a quien desde la infancia había tratado de conocer y amar, y de cuya causa había hecho su porvenir. ✧

¹ Del latín: «Así concluyo [la refutación] contra la herejía maniquea» (GUILHERME DE TOCCO. *Ystoria Sancti Thome de Aquino*, c. 43. Toronto: PIMS, 1996, pp. 174-175).

² AMEAL, João. *São Tomás de Aquino. Iniciação ao estudo da sua figura e da sua obra*. 3.ª ed. Porto: Tavares Martins, 1947, p. 154.

El título de gloria más alto

Pocos logran ostentar títulos honoríficos en vida u obtenerlos antes de que su memoria se desvanezca. Santo Tomás de Aquino, sin embargo, recibió del magisterio eclesiástico y de los hombres más títulos de los que podría ambicionar cualquier noble, erudito o magnate.



✚ Hna. María Angélica Iamasaki, EP

Cuando el joven aspirante Tomás de Aquino pronunció su *principium* —lección inaugural— en los convulsos días de 1256, nadie sospecharía que se encontraba ante aquel que los siglos futuros llamarían «Doctor de los doctores», «Príncipe de los teólogos», «Tabernáculo de la ciencia y de la sabiduría de Dios».¹ En efecto, iniciar la carrera intelectual bajo el epíteto de *buey mudo de Sicilia*, no parecía ser el mejor punto de partida para convertirse en el «Doctor incomparable»...

Sin embargo, en este singular *principium* se hallaban en germen todas las maravillas que brotarían más tarde de su inteligencia suprema y de su corazón, «Discípulo privilegiado del Espíritu Santo», dejando entrever, a la manera de los primeros resplandores de la aurora, la fuerza y el calor del astro rey en el que se convertiría. No sin razón, por tanto, varios Papas lo alabaron como «Estrella de la mañana y luz de la Iglesia», «Gran lumbrera del mundo», «Luz de la ciencia», «Antorcha del mundo», «Guía y luz de los fieles».

De hecho, Tomás de Aquino fue una deslumbrante «Luz de la Iglesia» en aquellos tiempos turbulentos, en los que letrados, maestros, herejes y, no pocas veces, ignorantes se debatían en el seno de la cristiandad, olvidando —probablemente— el ver-

dadero papel que sus posiciones les conferían: guiar el rebaño de Dios.

«Desde tus moradas...»

Dejando de lado las querellas entre seglares y mendicantes, que en ese momento calentaban los ánimos de la Universidad de París, el joven Tomás —de tan sólo 31 años— expone con preclara sabiduría la doctrina recibida de una celestial comunicación sobre el versículo 13 del salmo 103. «Desde tus moradas riegas los montes, y del fruto de tus obras se sacia la tierra»: Dios instituyó, en su providencia, que sus dones lleguen a los fieles a través de intermediarios.

Quizá sin saberlo, quizá tomando conciencia de su condición de *magister* en el seno de la Santa Iglesia, Santo Tomás presenta un modelo de *philosophans theologus* que aúna fe y razón, contemplación y ciencia: «Desde las alturas de la divina sabiduría son regadas las mentes de los doctos, representados por los montes, por cuyo ministerio la luz de la sabiduría divina se derrama hacia la mente de los que oyen».²

En virtud de esta disposición interior fue cuando Santo Tomás marcó la historia; y no simplemente por haber sido uno de los genios más grandes que aparecieron sobre la tierra. Consciente de la dignidad que su condición de doctor le exigía, supo ser el mon-

te que es iluminado primero por los rayos del sol,³ estableciéndose en la Iglesia —por la eminencia de su vida y de su enseñanza— como «Piedra de toque de la fe», «Antorcha de la teología católica», «Primero de los sabios y deleite de los eruditos», «Milagro del mundo», «Abismo de la ciencia», «Perla del clero, fuente de los doctores y espejo sin mancha de la Universidad de París», «Oráculo divino», «Fiel intérprete de la voluntad divina», «Príncipe y padre de la Iglesia».

El fraile dominico

Más allá de todos estos títulos —que, sin duda, el humilde Tomás habría rechazado en vida— se encontraba el de hijo de Santo Domingo o, si se quiere, *Domini cani*. El ideal de su padre espiritual lo fascinó y, defendiendo obstinadamente el deseo de seguirlo, hizo del hábito de la Orden de Predicadores el trofeo de sus primeros enfrentamientos. Enseñó con su vida que la santidad es imitable por todos, pues no consiste en penitencias, en la ciencia o en los milagros, sino en el amor.

Fray Tomás, «Honor y gloria de los hermanos predicadores», el «*Prudentissimus frater*» y «*Homo magnæ orationis*», se convirtió en su orden en el «Resumen de todos los grandes espíritus», la «Regla, camino y ley de las costumbres», el «Tabernáculo de

las virtudes» y el «Maestro común de todas las universidades». Rechazó categóricamente, a lo largo de su vida, todo tipo de cargos y dignidades eclesiásticas, prefiriendo su noble título de fraile mendicante incluso a la púrpura cardenalicia.

Atleta, terror y martillo

Por otra parte, los buenos frutos de sus predicaciones no sólo se deben a la novedad de su doctrina, sino al embebecimiento espiritual de este amante de la meditación, «colmado e imbuido de la luz del sol y del calor de la admiración por las cosas creadas».⁴ Intrépido, enérgico y pertinaz en la defensa de la verdad, fue un auténtico «Atleta de la fe ortodoxa» enseñando y escribiendo, máxime al valerse de lo que en la filosofía griega podría servir mejor al patrimonio de la Iglesia.

«La caridad encubre multitud de pecados, y en este sentido la ortodoxia encubre multitud de herejías»,⁵ pondera Chesterton, y Tomás de Aquino tuvo el mérito de ser el gran cristianizador de Aristóteles, «bautizando» su doctrina, explicando sus principios y corrigiendo los abusos de los que era objeto. Así, además de ser un «Escudo de la Iglesia militante», Santo Tomás fue —¡ja justo título!— el «Arsenal de la Iglesia y de la teología», el «Terror de los herejes y



«Apoteosis de Santo Tomás de Aquino», de Lippo Memmi y Francesco Traini - Iglesia de Santa Catalina, Pisa (Italia)

*Era justo que el
«Ornamento del
universo», elevado al
Cielo, fuera admirado
entre aquellos que
incesantemente ven
el rostro de Dios*

el martillo de las herejías», el invencible «*Doctor Ecclesiae*».

Para asombro de los averroístas, al explicar la divinidad y la completa humanidad de Cristo en el misterio de la Encarnación, volvió a traer a Dios a

la tierra y, por tanto, de manera simbólica se le puede llamar «Santo Tomás del Creador».⁶ Ilustre «Cantor de la divinidad» y «Doctor eucarístico», el Aquinate brilla como el «Águila de las escuelas», la «Llave de las ciencias y de la ley», el «Oráculo del Concilio de Trento», el «Alfa de todas las criaturas», la «Lengua de todos los santos», la «Sede de la sabiduría».

Miembro de la corte celestial, la mayor gloria

No obstante, era justo que el «Ornamento del universo» se elevara a las alturas si-

derales y fuera admirado entre aquellos que incesantemente ven el rostro de Dios en el Cielo. Transidos de admiración —y por qué no— de estupefacción, los hombres vieron surgir del «buey» al maestro, y en el sabio —en un vuelo sin precedentes— contemplaron finalmente a un ángel... ¿Qué otro elogio cabría a un simple mortal, cuando está aureolado con la gloria de los espíritus celestiales?

¡Oh, Santo Tomás, «Ángel de la escuela», «Ángel de la teología», «Ángel exterminador de las herejías», «Querubín de los ángeles», en fin, sublime «Doctor Angélico»! ¡Intercede por nosotros y condúcenos a gozar contigo la perfecta bienaventuranza del Cielo, que una vez vislumbraste en esta tierra! ✧

¹ Los títulos entrecomillados de este artículo, que no tengan otra referencia, forman parte de una recopilación de elogios hechos a Santo Tomás de Aquino a lo largo de los siglos

por Papas, concilios, teólogos y universidades, reproducida por Charles-Anatole Joyau, OP, en su obra *Saint Thomas d'Aquin, patron des écoles ca-*

tholiques. Lyon: Emmanuel Vitte, 1895, pp. 380-381.

² SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Rigans montes, prœmium*.

³ Cf. Ídem, c. 2.

⁴ CHESTERTON, Gilbert Keith. *Santo Tomás de Aquino. Biografía*. São Paulo: LTR, 2003, p. 105.

⁵ Ídem, p. 103.

⁶ Ídem, p. 105.

¡Id a Tomás!

Ante el reconocimiento dado por la Iglesia al legado de Santo Tomás, surge una pregunta: ¿combatir y menospreciar la genuina enseñanza tomista no es luchar contra la propia doctrina católica?

✠ Eduardo José Ribeiro Matos



Los católicos de hoy a menudo carecen de nociones elementales acerca de su religión. Algunos ni siquiera conocen los motivos que los llevan a pertenecer a ella. No se dan cuenta de que su Iglesia es una institución divina, fundada hace más de dos mil años por el Verbo Encarnado, sobre la cual flota la promesa de la inmortalidad. Por ella, los mártires entregaron sus vidas, sacerdotes y simples laicos lucharon hasta la muerte, doctores dedicaron su existencia al estudio y desarrollo de su doctrina.

Tal vez este desconocimiento de la grandeza de la Iglesia se deba al hecho de que sus mayores tesoros permanecen invisibles para gran parte de los fieles. En efecto, en dos milenios ha adquirido, profundizando en las verdades de la fe reveladas por Dios, riquezas incomparablemente más valiosas que todas las preciosidades materiales que adornan sus templos en el mundo entero.

Tales riquezas la convierten en Madre y Maestra de la verdad no sólo de un pueblo, sino de toda la humanidad. Y, por tanto, es una Iglesia de carácter *universal*, católica.

A lo largo de los siglos, se ha mantenido inmaculada y fiel en la predicación de la verdad, a pesar de que,

a veces, las apariencias sugirieran una idea contraria. Guiada por el Espíritu Santo, siempre engendró hijos que, contra las expectativas del poder de las tinieblas, brillaron como auténticos soles de santidad, indicándoles a los hombres, por la doctrina y el ejemplo, el verdadero camino a seguir.

De entre estas luminarias destaca, por su lógica cristalina, Santo Tomás de Aquino.

El mundo medieval

Con el paso de los siglos, la fe cristiana, luchadora y victoriosa, hizo florecer una era impregnada de bendiciones espirituales, donde los hombres, viviendo en torno a la Iglesia y nutriéndose de su enseñanza, alcanzaron un desarrollo teológico nunca visto: la Edad Media.

De entre los que a lo largo de la historia ha iluminado el rumbo de los hombres, destaca Santo Tomás por su lógica cristalina

En el mundo en que vivimos es difícil hacerse una idea de lo que realmente fue ese período histórico. Muy elocuentes son las palabras de León XIII al describirlo: «Hubo un tiempo en que la filosofía del Evangelio gobernaba los estados. En aquella época la eficacia propia de la sabiduría cristiana y su virtud divina habían penetrado en las leyes, en las instituciones, en la moral de los pueblos, infiltrándose en todas las clases y relaciones de la sociedad. [...] Organizado de este modo, el Estado produjo bienes superiores a toda esperanza. Todavía subsiste la memoria de estos beneficios y quedará vigente en innumerables monumentos históricos que ninguna corruptora habilidad de los adversarios podrá desvirtuar u oscurecer».¹

Aquella época, en la que las escuelas y universidades florecieron con inmenso vigor, tenía la fe como base de su trabajo intelectual. La enseñanza continuaba apoyándose en la jerarquía eclesiástica, pero al mismo tiempo buscaba escudriñar los datos de la Revelación para llegar a nuevas e inéditas conclusiones.

La teología, «reina de las ciencias», veía a su sierva, la filosofía, asumir una importancia creciente. Sobre lo qué enseñaba la teología a los cristianos, en general, todos es-

taban de acuerdo. Sin embargo, se cuestionaba la relación entre la fe y la razón. ¿Debería ésta ayudar a aquella, o al revés? ¿Cuál sería el papel de la filosofía en el pensamiento cristiano? Tales problemas, desde muy pronto, tuvieron que ser enfrentados por los pensadores medievales.

Aristotelismo cristiano

Desde los Padres de la Iglesia, la filosofía cristiana había sido eminentemente platónica. El aristotelismo, con su realismo y sus métodos racionalistas, era poco conocido. Esto era debido en gran parte a que los escritos del Estagirita llegaron a Occidente a través de traducciones del árabe al latín, con no pocos errores y falsas interpretaciones. Basta decir que, según algunas de esas versiones, Dios no sería el creador del universo...

La controversia alcanzó tal grado de tensión que, en 1210, un concilio parisino llegó a excomulgar a los aristotélicos. La situación, no obstante, cambiaría con Gregorio IX, y enseguida la filosofía aristotélica ganaría ciudadanía en el mundo cristiano.

El primer teólogo que empleó el conjunto de la filosofía aristotélica para apoyar su doctrina teológica fue el fundador de la escuela franciscana, Alejandro de Hales. Más original y más profundo aún fue el dominico San Alberto Magno, para quien la razón no sólo tenía el derecho, sino también el deber de demostrar lo que es demostrable acerca de la fe, y cuyo proyecto consistía en hacer inteligibles las enseñanzas de Aristóteles a los latinos, incorporando en la cultura occidental la vasta herencia científica que el mundo musulmán había conservado y acrecentado.²



Aristóteles, detalle de «Triunfo de Santo Tomás de Aquino», de Benozzo Gozzoli - Museo del Louvre, París

Sin embargo, la última palabra la tendría el hombre que marcaría la posteridad con su doctrina y se convertiría en el eje central del pensamiento cristiano, en un justo equilibrio entre razón y fe: Santo Tomás de Aquino.

Síntesis tomista entre fe y razón

Para el Doctor Angélico, la filosofía era de gran utilidad para la teología, pues permitía demostrar algunos presupuestos de la fe accesibles a la razón natural, como la existencia y la unicidad de Dios, así como ilustrar, mediante oportunas similitudes, ciertas verdades de fe y rebatir racionalmente los argumentos que se le oponían.³ Percibía que el aristotelismo, purificado de las interpretaciones erróneas de los musulmanes, podía dotar a la teología fundamentos muchos más sólidos que los del agustinismo platónico.

Habiendo estudiado con San Alberto Magno en París y en Colonia, Santo Tomás fue más allá de la empresa de su maestro y se sirvió del aristotelismo para sintetizar la filosofía antigua y el dogma cristiano. Nació una de las obras filosóficas y teológicas más grandes que los siglos verían.

Un diálogo amistoso entre fe y razón, donde una ayuda a la otra, se volvió una de las notas más peculiares del pensamiento del Aquinate. Es lo que comenta Benedicto XVI en una audiencia general en 2010: «¿Son compatibles el mundo de la racionalidad, la filosofía pensada sin Cristo, y el mundo de la fe? ¿O se excluyen? [...] Santo Tomás estaba firmemente convencido de su compatibilidad; más aún, de que la filosofía elaborada



Santo Tomás predicando - Convento de Santo Domingo, Lima. En la página anterior, manuscrito de la obra «Commentaria in Aristotelis Politicorum», del Doctor Angélico - Biblioteca Nacional de España, Madrid

Al percibir que el aristotelismo podría darle a la teología bases sólidas, Tomás se sirvió de él para sintetizar la filosofía antigua y el dogma cristiano

sin conocimiento de Cristo casi esperaba la luz de Jesús para ser completa. Esta fue la gran “sorpresa” de Santo Tomás, que determinó su camino de pensador. Mostrar esta independencia entre filosofía y teología, y al mismo tiempo su relación recíproca, fue la misión histórica del gran maestro.⁴ Además, entre sus escritos más renombrados se encuentra, por ejemplo, la *Suma contra gentiles*, en la cual les demuestra racionalmente a aquellos que no tienen fe las razones para creer.

Pero la actividad de Santo Tomás no se redujo a su magistral síntesis entre fe y razón. Su incomparable obra teológica —cuya máxima expresión es, sin duda, la *Suma Teológica*—,

basada en una filosofía «purificada» por él mismo, rindió a la Santa Iglesia una importantísima, por no decir indispensable, contribución.

Lumbrera de la Santa Iglesia

Al tejer consideraciones sobre un hombre de tal estatura y sobre su influencia en la historia de la Iglesia, corremos el riesgo de quedar muy lejos de la realidad... En efecto, las posibilidades de analizar superficialmente a un personaje son proporcionales al tamaño de la figura contemplada.

Basta con ajustarnos al modo en que la vida y la obra del Aquinate fueron consideradas por los sucesivos pontífices, para darnos cuenta de que no estamos ante un hombre cualquiera.

Sólo él, asegura Juan XXII, «iluminó a la Iglesia más que todos los demás doctores; en un año una persona aprovecha más en la lectura de sus escritos que estudiando la doctrina de los otros durante toda su vida». ⁵ Inocencio IV, por su parte, llegaría a afirmar acerca de la doctrina del Doctor Angélico: «Nunca a aquellos que la siguieron se les verá apartarse del camino de la verdad, y siempre será sospechoso de error el que la impugnare». ⁶

Con León XIII y su encíclica *Aeterni Patris*, el Aquinate recibiría los mayores elogios. El documento presenta las razones por las cuales la enseñanza tomista está en íntima consonancia con el magisterio de la Iglesia y debe ser adoptada como guía oficial de los estudios filosóficos

y teológicos. Por ello, Santo Tomás fue declarado patrón de las escuelas y universidades católicas.

Para este pontífice, las enseñanzas del Doctor Angélico no se restringen, de ninguna manera, al ámbito de la familia dominica: «Es un hecho constante que casi todos los fundadores y legisladores de las órdenes religiosas mandaron a sus compañeros estudiar las doctrinas de Santo Tomás, y adherirse a ellas religiosamente, disponiendo que a nadie fuese lícito impunemente separarse, ni aun en lo más mínimo, de las huellas de tan gran maestro». ⁷ León XIII va más allá y encuentra en la enseñanza de Santo Tomás la solución para los males de la sociedad civil y doméstica que «viviría ciertamente más tranquila y más segura, si en las academias y en las escuelas se enseñase doctrina más sana y más conforme con el magisterio de la enseñanza de la

Iglesia, tal como la contienen los volúmenes de Tomás de Aquino». ⁸

Los Papas del siglo XX también se muestran prolijos en alabar la sabiduría del santo de Aquino. Para Pablo VI, Santo Tomás «poseyó en grado eximio audacia para la búsqueda de la verdad, libertad de espíritu para afrontar problemas nuevos y la honradez intelectual propia de quien, no tolerando que el cristianismo se contamine con la filosofía pagana, sin embargo no rechaza apriorísticamente esta filosofía». Por eso, el Doctor Angélico supo conciliar la secularidad del mundo con la radicalidad del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, «sustrayéndose así a la tendencia innatural de despreciar el mundo y sus valores, pero sin eludir las exigencias supremas e inflexibles del orden sobrenatural». ⁹

Juan Pablo II, por su parte, destaca la actualidad del pensamiento tomista en la encíclica *Fides et ratio*, del 14 de septiembre de 1998, recordando que «la Iglesia ha propuesto siempre a Santo Tomás como maestro de pensamiento y modelo del modo correcto de hacer teología». ¹⁰ En este documento, el Papa polaco le confiere al santo el hermoso título de «Apóstol de la verdad». ¹¹

Además de los pontífices considerados individualmente, distintos concilios ecuménicos también tomaron su doctrina como segurísima, verdadero baluarte de la ortodoxia: «En los Concilios de Lyon, de Viena, de Florencia y Vaticano [I], puede decirse

*La obra de
Santo Tomás
fue elevada por
sucesivos pontífices
y concilios, pues él
solo iluminó a la
Iglesia más que todos
los demás doctores*

Detalle de «Triunfo de Santo Tomás de Aquino»,
por Benozzo Gozzoli - Museo del Louvre, París



que intervino Tomás en las deliberaciones y decretos de los Padres, y casi fue el presidente». ¹² En el Concilio de Trento, junto con los libros que sobre el altar presidían las sesiones —la Sagrada Escritura y los decretos de los sumos pontífices—, se encontraba la célebre *Suma Teológica*. ¿Qué mayor testimonio de aprobación se podría dar a su obra magna? Más recientemente, el Concilio Vaticano II recomendó vivamente el pensamiento tomista en dos documentos: *Optatam totius* y *Gravissimum educationis*. Y Benedicto XVI ¹³ señaló la importancia dada por la Iglesia al Doctor Angélico al citarlo hasta sesenta y una veces en su catecismo.

Finalmente, conviene recordar que la doctrina teológica de Santo Tomás de Aquino se convirtió en «ley de la Iglesia» cuando el nuevo Código de Derecho Canónico ¹⁴ mostró categórica preferencia por las enseñanzas de este doctor en la formación de los clérigos.

A los que buscan la verdad

Una de las notas características e incluso esenciales de la elaboración del pensamiento de Santo Tomás es su convicción sobre la unicidad de la verdad: Dios es la verdad absoluta y todas las demás verdades que existen esparcidas por el universo son resultado de ella, primera y esencial.

Han pasado muchos siglos desde la muerte del Doctor Angélico, durante los cuales el mundo se ha ido transformando. En la sociedad actual, donde impera el relativismo, la famosa pregunta de Poncio Pilato se vuelve cada vez más frecuente:



Santo Tomás de Aquino,
de Fra Angélico - Galería Nacional
de Umbría, Perugia (Italia)

*A todos los que
viven de la verdad
y para la verdad,
este gran santo ha
sido y siempre será
un incomparable
punto de referencia*

«¿Qué es la verdad?» (Jn 18, 38). Más que ignorarla, los hombres se negaron a buscarla donde realmente está.

¡Cuántas filosofías nuevas surgieron cuales «piedras de tropiezo»!

¡Cuántos modos de vida divergentes del Evangelio! ¡Cuántos pensadores que, en nombre de un pretendido y falso progreso de la razón, tergiversaron la verdad única e inmutable! Al dejar que la confusión penetrara incluso en el recinto sagrado, ¡cuántos maestros culpables desfiguraron y siguen desfigurando la inmaculada doctrina de la Iglesia, perturbando y escandalizando a los pequeños!

Ahora bien, ante tanto reconocimiento dado por la Esposa Mística de Cristo a la doctrina que le legó Santo Tomás, hasta el punto de ver en ella una referencia segura en materia teológica y de proponer una vez más que fuera enseñada con toda propiedad, surge una pregunta: los que pretenden combatir y menospreciar la genuina enseñanza tomista, ¿no están luchando contra su propia doctrina y, además, contra la propia «mentalidad» de la Iglesia?

Nos encontramos a siete siglos de la canonización de una de las lumbres más grandes del cristianismo y ¡nunca hemos estado tan necesitados de sus enseñanzas!

Si somos de los que, de hecho, quieren que reine la verdad de siempre, la verdad católica, la única e inmutable verdad, ¿por qué no recurrimos a la doctrina y a la valiosa intercesión de Santo Tomás? Parafraseando el pasaje bíblico (cf. Gén 41, 55), sólo podemos recomendar con toda propiedad: «¡Id a Santo Tomás!». A todos los auténticos amigos de la sabiduría, los que viven de la verdad y para la verdad, este gran santo ha sido y siempre será un incomparable punto de referencia. ✧

¹ LEÓN XIII. *Immortale Dei*, n.º 9.

² Cf. SÁNCHEZ HERRERO, José. *Historia de la Iglesia. II: Edad Media*. Madrid: BAC, 2005, pp. 406-407.

³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Super De Trinitate*. Præmium, q. 2, a. 3.

⁴ BENEDICTO XVI. *Audiencia general*, 16/6/2010.

⁵ JUAN XXII, apud BERTHIER, OP, J. J. *Sanctus Thomas Aquinas. «Doctor Com-*

munis» Ecclesiæ. Romæ: Editrice Nazionale, 1914, p. 45.

⁶ INOCENCIO IV, apud LEÓN XIII. *Æterni Patris*.

⁷ LEÓN XIII. *Æterni Patris*.

⁸ Ídem, *ibidem*.

⁹ SAN PABLO VI. *Lumen Ecclesiæ*, n.º 8.

¹⁰ SAN JUAN PABLO II. *Fides et ratio*, n.º 43.

¹¹ Ídem, n.º 44.

¹² LEÓN XIII. *Æterni Patris*.

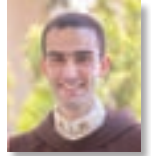
¹³ Cf. BENEDICTO XVI. *Audiencia general*, 2/6/2010.

¹⁴ Cf. CIC, can. 252 §3.

Humildad, prudencia y piedad

Sus acertados juicios se basaban en un buen criterio adamantino, fruto de su vida virtuosa, de la cual fluía una espiritualidad capaz de fecundar no sólo la Edad Media, sino de llegar luminosa hasta nuestros días.

✎ Fabio Henrique Resende Costa



Los historiadores carentes de sentido religioso suelen tener una visión unilateral a respecto de personas ilustres que tuvieron como eje de su existencia una vida dedicada a Dios. Sin duda, esos biógrafos yerran al apreciar solamente una u otra cualidad de los personajes que retratan, al olvidarse del principio filosófico básico de que «el todo vale más que las partes».

Refiriéndose a Santo Tomás de Aquino, por ejemplo, no pocos historiadores lo han estigmatizado con calificativos unilaterales —como gran lumbrera de la inteligencia, sol del pensamiento cristiano, pensador inigualable, etc.— expresando *partes* de la verdad, pero no el *todo*.

De hecho, cuando consideramos figuras de alto calibre como Santo Tomás, no podemos dejar en un segundo plano el adjetivo de carácter ontológico que, a justo título, precede a tan extraordinario nombre: ¡*Santo!*

Efectivamente, fue con mucha más propiedad un santo que un erudi-

to, y de poco le habría servido su eminente inteligencia si hubiera dirigido sus esfuerzos intelectuales hacia los hombres y no hacia la gloria de Dios y el beneficio de la Iglesia.

Buena parte de sus acertados juicios, basados en un buen sentido adamantino, tuvieron como fundamento su integridad interior, es decir, su vida virtuosa, de la cual fluyó toda una espiritualidad capaz no sólo de fecundar la Edad Media, sino de extenderse hasta nuestros días, a pesar de los tortuosos caminos que necesitó serpentear de aquí para allá, a causa de las distintas desviaciones ideológicas de la sociedad.

Con esta visión —que tiende a no disociar al santo del estudioso, o bien, al santo del filósofo, sino a considerar que, incluso antes de que la Iglesia hiciera de Tomás de Aquino un fiel intérprete suyo, lo proclamó santo¹— pasemos a tratar los rasgos interiores de este varón que siempre mostró una probidad digna de un fiel hijo de Santo Domingo.

Un varón con rasgos psicológicos excepcionales

La imagen que podamos concebir de un Montecasio aún premedieval, en las laderas rocosas del valle Latino, con sus diversos monjes rezando allí, nunca será demasiado poética para que en ella insertemos la de Tomás de Aquino admirando los caminos por los cuales desde la creación se puede ascender hasta el Creador.

Pensativo y recogido, siempre propenso a reflexionar sobre la causa de las cosas, empezaban a modelarse las características de la índole psicológica de Tomás: analítico y observador, casi taciturno, de un temperamento mucho más proclive a lo afable y flemático, iba convirtiéndose en una persona tranquila, equilibrada y exenta de agitación, en consonancia con su aventajado porte.

Tales atributos, lejos de volverlo apático, lo hacían distendido —casi imperturbable— e inclinado a la vida contemplativa, por la que siempre había sentido una especial atracción.

En los años que pasó en Montecasio, las características de la índole psicológica de Tomás empezaron a modelarse: analítico, afable, equilibrado

Abadía de Montecasio (Italia)

Después de haber ingresado y vivido con fervor en la Orden de Predicadores en Nápoles, de haber estado seis años en París y unos dos en Colonia, su carácter ya estaba formado: hombre de cultura inmensa, cuyo discernimiento de las cosas, de los hechos y de las personas causaba asombro, comienza a ganar reputación, sobre todo a causa de la originalidad de sus apreciaciones, a pesar de su tan característica circunspección.

Aún en el ámbito psicológico, lejos de emprender la osada tarea —y, en este caso, irrisoria— de perfilar los rasgos de un hombre de tanta envergadura, sólo podemos arriesgarnos a describir algo de sus atributos, manifestados con singularidad excepcional en su caligrafía.

Los trazos rectos y marcados expresan una mentalidad definida, cimentada en principios, para quien los sentimientos cuentan muy poco, casi nada, pero que por estar en su debido lugar les dispensan incluso a los desconocidos una apertura simpática y acogedora.

Más notable, sin embargo, es la perfección metódica de no traspasar el nivel de las líneas horizontales de su escritura, reveladora de sus maneras finas y gentiles, adecuadas para personas con aguzada paciencia.

A pesar de ello, los límites marginales derechos, raramente respetados por Santo Tomás,² revelan su bondad, afecta a la prodigalidad, que para nada desatiende a los menos allegados, ya que las líneas iniciales de los bordes izquierdos son seguidas al pie de la letra, infaliblemente.

La fluidez de sus peculiares caracteres —que nos deja desorientados y confusos— simplemente revela la inteligencia impar de este coloso del pensamiento cristiano, para quien las ideas encuentran una facilidad de expresión casi banal...



El Doctor Angélico tomó a Dios por confidente, y con Él comenzó a estrechar lazos profundos y misteriosos

Santo Tomás en oración ante el crucifijo - Museo de Santa Ana, Lübeck (Alemania)

Esto explica la ausencia de rasgos artísticos o armoniosos, propia de quien se esfuerza en primer lugar por las aspiraciones insaciables de la inteligencia, sin dejar de saberse deficiente y limitado e incluso sin llegar a nada de excéntrico; pero que, en un todo, caracteriza a los genios, cuyos raciocinios les vienen en una franca profusión, en un notable menosprecio de los detalles superfluos.

«Nunca habló sino de Dios o con Dios»

En cuanto a su forma de ser, cabe señalar, no obstante, el cuidado por permanecer discreto; a semejanza de quien teme despilfarrar un precioso tesoro, al hacerlo conocido por muchos, Santo Tomás siempre prefirió hablar poco y expresar sus pensamientos con mesura. Al mismo tiempo, tomaba a Dios por confidente, con quien comenzó a estrechar lazos cada vez más profundos y —quién sabe— misteriosos. De este modo, «en Tomás se verifica lo que se dice de Domingo, su padre

y preceptor: nunca habló sino de Dios o con Dios».³

También se cuenta que Tomás, en su época de estudios, era tan discreto con sus talentos que sus compañeros lo llamaron «el buey mudo». Sin embargo, el apodo no le duró mucho tiempo, pues las explicaciones que el Aquinate daba sobre las materias impartidas sorprendían a sus compañeros por su clareza y genialidad. Esto llegó a oídos de San Alberto Magno, que decidió ponerlo a prueba: uno de los profesores debía interrogarlo ante toda la clase sobre una cuestión complicadísima. Se sintió herido en su humildad, pero tuvo que aceptarlo por obediencia. La respuesta fue tan acertada que el maestro llegó a decirle:

—Tomás, ¿estás haciendo el papel del que enseña, no del que aprende!

A lo que el santo le contestó, con toda sencillez:

—Profesor, no veo otra manera de responderle a esa cuestión.

En el estudio o en el trabajo, «Doctor Angelicus»

En contrapartida, antes de hacerse oír en el mundo cristiano, causa admiración la solicitud de Santo Tomás para con sus hermanos espirituales, en la humilde vida monacal de cada día, ya sea por su celo en hacer bien todas las cosas, ya sea por atender a las numerosas consultas de las que era objeto: «Hay quien calcula en dieciséis horas diarias su increíble e insuperable capacidad de trabajo».⁴ Cabe subrayar que tales consultas podían venir de los más diversos ámbitos: desde el rey de Francia, San Luis IX, o de eminentes eclesiásticos, hasta de simples hermanos suyos de hábito.

Además de llevar una vida repleta de quehaceres, los cuales ocupaban un segundo plano de sus atenciones —ya que primeramente solía estar en pensamientos más altos—, el Aquinate era

muy riguroso consigo mismo. Como nos refiere Tocco, Santo Tomás «hacía una sola comida al día»;⁵ talvez encontraría energías en su ejemplar sobriedad para seguir adelante con su vida intelectual tan activa.

Filosofía leal y realista

Fruto de esta integridad de cuerpo y de alma, «la filosofía tomista es una filosofía leal, realista, donde no hay súbitas y cómodas evasiones hacia misterios que se declaran evidentes, sino un progreso racional de lo conocido a lo desconocido»,⁶ respetando los límites de la razón, hasta donde ella pueda llegar auxiliada por la gracia divina; pero sin trasponer las barreras de lo divino con especulaciones humanas.

Así pues, «ningún autor respeta mejor la necesaria distinción entre ambas [teología y filosofía] —aunque haga de la primera, dentro de una bien ordenada jerarquía de valores, la cúpula de la segunda».⁷

Santo Tomás es, por lo tanto, honesto en su pensamiento.

Humildad: fundamento de sus virtudes

Cabe mencionar que, en la trayectoria de su vida discreta y luminosa, gran parte de esa honestidad relucirá por medio de otra virtud que es su base y sostén: la humildad.

Humildad que, en la vida cotidiana, se traduce por la docilidad con que trata a sus hermanos de hábito, como nos lo demuestra el siguiente hecho. Un día, un fraile modesto, que no lo conocía, requiere su compañía y lo obliga a emprender una fatigante jornada. Cuando le informan de a quién tiene como compañero, el religioso, confundido, le pide disculpas. Y como los presentes se admiraban ante tanta docilidad, Santo Tomás les hace observar que la perfección de la vida religiosa supone, ante todo, obediencia.

Humildad que, en la aplicación de las potencias humanas de la inteligencia y de la voluntad, no encuentra mejor

ejemplo de conducta que en la inocencia de quienes tienen como herencia el Reino de los Cielos (cf. Mt 19, 14), cuando propone la siguiente oración para antes de los estudios: «Tú, que haces elocuentes las lenguas de los pequeños, instruye la mía, e infunde en mis labios la gracia de tu bendición».

Asimismo, humildad que, ante los halagos y honores, se viste de desinterés y modestia. Como nos dice Ameal, «no hay nadie tan sencillo, tan natural, como este asombroso desvelador de lo trascendente»⁸ que, ante las disputadas invitaciones para ser comensal en la mesa de reyes y nobles o para ser consejero de Papas, o incluso para ser heredero de posesiones que le confieren un alto estatus social, lo rechaza todo.

Basta aludir a los siguientes episodios: a instancias de su familia, Santo Tomás fue invitado por el papa Inocencio IV a aceptar los beneficios de la rica abadía de Montecasino; hecho que más tarde, al parecer, fue repetido por Clemente IV. Además, cuántas llamadas al episcopado, a recibir diócesis de las más codiciadas.

Las razones de estas reiteradas invitaciones, ¿no serían el elevado prestigio que alcanzó, la noble sangre que lo distinguía, sus grandes dotes de orador o, quizá, su santidad? Ante todas ellas, la posición evasiva —y asertiva— del «buey mudo» fue la única respuesta que recibieron.⁹

Piedad: eje de su espiritualidad

Por consiguiente, en el estado religioso, por medio del cual el hombre se somete al hombre por amor a Dios, como por amor al hombre Dios se le sometió, fue donde Santo Tomás quiso vivir y cumplir hasta el final su misión.

Misión que comprendía no sólo la tarea de ser profesor, escritor o consejero de Papas, sino la de hacer universal algo mucho más precioso, algo que se convertiría en el pilar de la catolicidad de la Iglesia y el eje de la espiritualidad de Santo Tomás: la devoción eucarística.



Francisco Lecaros

Santo Tomás tuvo la misión de hacer universal la devoción eucarística, eje de su espiritualidad

Santo Tomás de Aquino, de Antonio André - Museo de Aveiro (Portugal)

Una devoción tan arraigada y sincera que si le surgía algún problema, su mayor deseo era, antes de resolverlo, ir directamente a la capilla, poner su frente en el sagrario y extraer de Jesús Hostia las luces intelectuales necesarias para solucionar la cuestión.

Por eso, en Cristo escondido bajo los velos del Sacramento, el Aquinate encontraba la fuente segura, cristalina e inextinguible de sus explicitaciones, que hacían más bien a la Iglesia por la piedad con la cual eran abordadas que por la clarividencia con la cual eran expuestas.

No es de extrañar, pues, que la teología tomista se haya convertido prácticamente en la teología de la Iglesia, dado que gracias a Santo Tomás, imbuido de la virtud de la religión, se abrieron a la fe panoramas inéditos, como lo demuestra el estilo arquitectónico que le era contemporáneo, el gótico, expresión material de las mismas verdades señaladas con nuevas armonías, luces y colores.

Prudencia: norma de conducta

Nos edifica constatar cómo un sinnúmero de las explicitaciones de Santo Tomás encontraban eco en su modo de

proceder. No había en él, por tanto, una incoherencia entre lo que predicaba y lo que vivía, todo lo contrario.

Por ejemplo, en consonancia con el principio de que «la virtud humana es un hábito que perfecciona al hombre para obrar bien»,¹⁰ el proceder del Doctor Angélico estuvo siempre regido por cierta virtud que, a sus ojos, «es la más necesaria para la vida humana»:¹¹ la prudencia.

Siendo la virtud que perfecciona el intelecto práctico para obrar de manera recta, pero también la que perfecciona la potencia apetitiva en cuanto virtud moral, la prudencia está clasificada por Santo Tomás¹² de una forma particular en las dos modalidades de los actos humanos, tanto en los que tienen su origen en la razón como en el apetito.

Por lo tanto, en el intelecto la prudencia es responsable de aconsejar, juzgar y decidir bien, pero como se aplica a la acción, depende igualmente de la voluntad.¹³

Ahora bien, ¿cómo no ver en Santo Tomás un hombre de refinada prudencia?

En cuanto niño, prudente al preguntar, a fin de oír de los más experimentados la razón de ser de las cosas; en cuanto joven, prudente al ser circunspecto, gozando de la facilidad de descubrir rápidamente un gran número de soluciones a los problemas; en cuanto hombre maduro, pruden-

te al hacer caso de la opinión de los más concienzudos —cuyo máximo ejemplo está en la *Suma Teológica*, al recurrir siempre a la autoridad de los Padres de la Iglesia.

Como si esto no bastara, en cuanto religioso, prudente al no aceptar los vínculos con el mundo y la carne; y, más admirable aún, prudente al saberse falible, aceptando como única

amistad indisoluble la que había entablado con la Sabiduría —amiga de la prudencia, poseedora de una ciencia profunda (cf. Prov 8, 12)—, de la cual sorbió los medios necesarios para el cumplimiento de su ingente vocación.

«El Señor me reveló el secreto de una ciencia superior...»

Próximo a la muerte, agraciado con favores sobrenaturales y ya alienado de este mundo, Santo Tomás resumió con elocuencia el estado de espíritu con el cual partía hacia la eternidad:

«Le pedí [a Dios] que me llevara de este mundo, a mí, su indigno siervo, en la condición humilde en que me encontraba, y que ningún poder transformara mi vida confiriéndome alguna dignidad. Podría aún, sin duda, hacer nuevos progresos en la ciencia y ser, por la doctrina, útil a los demás. Pero, por medio de la revelación que me fue hecha, el Señor me impuso silencio, puesto que ya no podía enseñar más, como sabes, después de que le pluguiera revelarme el secreto de una ciencia superior».¹⁴

Valiéndonos, por tanto, de un principio atribuido a él, de que «primero está la vida, después la doctrina, porque la vida conduce a la ciencia de la verdad»,¹⁵ contemplemos en algunos de los siguientes artículos un preludio de esta ciencia superior, expuesta en su doctrina. ✧



Al final de su vida, Tomás ya no osaba seguir enseñando, pues Dios le había revelado «el secreto de una ciencia superior»

Visión de Santo Tomás de Aquino - Monasterio de Santo Domingo, Lima

¹ Aludimos al hecho de que Santo Tomás fue canonizado el 18 de julio de 1323, cincuenta y un años nada más después de su muerte, y que como doctor de la Iglesia solamente fue reconocido en 1567.

² Se ha tomado como parámetro de observación la siguiente composición caligráfica del santo: cod. Autogr. F. 101va 1-27, referente a la q. 6, a. 1

y q. 3, ad 1-4 del *Super De Trinitate*.

³ PÍO XI. *Studiorum ducem*.

⁴ AMEAL, João. *São Tomás de Aquino. Iniciação ao estudo da sua figura e da sua obra*. 3.ª ed. Porto: Tavares Martins, 1947, p. 131.

⁵ GUILHERME DE TOCCO, apud AMEAL, op. cit., p. 136, nota 2.

⁶ AMEAL, op. cit., p. 147.

⁷ Ídem, ibidem.

⁸ Ídem, p. 117.

⁹ Cabe señalar que, ya reconocido por muchos de sus contemporáneos como una lumbre, Santo Tomás acabó ejerciendo la triple tarea de profesor, escritor y consejero de Papas. No obstante, el santo nunca aceptó ningún tipo de dignidad u honor eclesiástico.

¹⁰ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 58, a. 3.

¹¹ Ídem, q. 57, a. 5.

¹² Cf. Ídem, ibidem.

¹³ Cf. Ídem, I-II, q. 58, a. 4; II-II, q. 47, a. 1-4.

¹⁴ GUILHERME DE TOCCO, op. cit., p. 146.

¹⁵ PÍO XI. *Studiorum ducem*.

Lumbrera del sentido católico

Existe una pureza virginal de la inteligencia que hemos de cultivar celosamente: detestar la herejía con el vigor indignado con que las almas castas detestan la lujuria. De esta virtud nos da un luminoso ejemplo Santo Tomás de Aquino.

✠ Plinio Corrêa de Oliveira



Santo Tomás de Aquino fue una gran lumbrera puesta por Dios en medio de su Iglesia a fin de esclarecer, confortar y animar a las almas a lo largo de los siglos para que gallardamente resistieran a los embates de la herejía.

Enfrentando con su poderosa inteligencia y su ardiente piedad todos los problemas que en su tiempo estaban franqueados a la investigación de la mente humana, recorrió las más áridas, las más oscuras y las más traicioneras regiones del conocimiento, con una sencillez, una claridad, una energía verdaderamente sobrenaturales.

Fuente de la vida intelectual católica

Superando no sólo la sabiduría humana de los filósofos paganos, sino la

propia sabiduría de los doctores de la Iglesia que le precedieron, compuso, entre otras obras, la *Suma Teológica*, en donde dejó registradas todas sus victorias acerca de la herejía, la ignorancia o el pecado. Su doctrina se conservó siempre tan pura que la Santa Iglesia la señala como fuente indispensable de toda la vida intelectual verdaderamente católica.

Si hubo un intelectual que nunca tuvo la mínima mancha de herejía, ese intelectual fue Santo Tomás de Aquino. Su sentido católico fue prodigioso. Por una parte, nunca chocó con las verdades ya definidas por la Santa Iglesia en su tiempo. Por otra, resol-

vió un sinnúmero de cuestiones sobre las que la Santa Iglesia aún no se había pronunciado y, para su solución, preparó y apresuró el pronunciamiento infalible de la Esposa de Jesucristo.

Finalmente, la nota característica y constante de su vida fue una sumisión tal a la doctrina católica que, aun cuando la Iglesia definiera más tarde, en sentido contrario al de Santo Tomás, alguna verdad, él se convertiría inmediatamente en el paladín más humilde, más amoroso y más caluroso del pensamiento que había impugnado, y el adversario más irreductible del error que hubiera enseñado como verdad.

Santo Tomás de Aquino poseía un sentido católico prodigioso, y la nota constante de su vida fue una sumisión total a la doctrina de la Iglesia



Santo Tomás con la «Suma contra gentiles» - Monasterio de Santo Domingo, Lima

Gustavo Krahl

Admirable sentido católico

Así pues, Santo Tomás realizó plenamente los tres grados del sentido católico.

Hay católicos que piensan de una manera diferente a la Iglesia y cuya fe es tan débil que se someten con dificultad y dolorosamente a las determinaciones que ella establece.

Los hay, por otro lado, que no sienten renuencia en admitir lo que la Iglesia enseña, pero, ante cualquier problema, difícilmente atinan con la verdadera solución, si no estuvieran informados previamente del pensamiento católico.

Finalmente, el más alto de los grados consiste en aceptar prontamente y con facilidad amorosa todo lo que la Iglesia enseña, en estar tan imbuido del espíritu de la Iglesia que se piensa como ella piensa aunque, en ese momento no se conozca el pronunciamiento de las cuestiones y, por fin, se piense de tal manera sobre los asuntos que aún no ha definido, que, cuando los defina, estemos dispuestos a modificar nuestra opinión, lo cual, por cierto, raramente será necesario, porque habremos sabido presentir en la gran mayoría de los casos el pensamiento de la Iglesia.

De modo que si hay una virtud que debemos admirar en Santo Tomás, que debemos procurar imitar, y cuya obtención debemos ardientemente pedirle a Dios por intercesión del gran doctor, esa virtud es la del sentido católico.

Detestar la herejía como las almas puras detestan la lujuria

Todos sabemos cuánto hemos de amar la pureza y con qué magnífica promesa la galardonó el Señor en el sermón de las bienaventuranzas. Nadie ignora la dilección ardientísima con la que el Corazón de Jesús ama a las personas que nunca se mancharon con el pecado de la impureza. Basta pensar en el amor que tuvo por Nuestra Señora y por San Juan Evangelista, el apóstol virginal, para com-



El Dr. Plinio besa la imagen del Pescador en la Basílica de San Pedro, en 1988

*La pureza virginal
de nuestra
inteligencia sólo
puede resultar de
nuestra afectuosa
e incondicional
obediencia al trono
de San Pedro*

prender lo que significa, para Nuestro Señor, la pureza.

Pero si existe una pureza que, según nuestro estado, debemos conservar íntegra en nuestro cuerpo y en nuestro corazón, existe también una pureza virginal de la inteligencia, que debemos cultivar celosamente, y que ciertamente agrada inconmensurablemente a Nuestro Señor. Es la pureza de la inteligencia verdaderamente católica, templo vivo e inmaculado del Espíritu Santo que nunca ha sentido atracción ni dado apoyo a ninguna doctrina herética, que detesta la herejía con todo el vigor indignado

con que las almas puras detestan la lujuria, y que se preserva de toda y cualquier adhesión a un pensamiento que no sea el de la Iglesia, con el cuidado con que las almas castas saben mantener lejos de sí todas las impresiones impuras.

Nuestro Señor dijo que Él es la vid y nosotros los sarmientos. Cuanto más unidos estemos a la vid, mayor será la savia que tendremos en nosotros. Ahora bien, lo mismo se puede decir de la Iglesia: ella es la vid y nosotros los sarmientos; cuanto más unidos estemos a ella, mayor será la savia que tendremos en nosotros. Y como estaremos tanto más unidos a la Iglesia cuanto más unido esté a ella nuestro pensamiento, tanto más intensa será nuestra vida espiritual cuanto más completo sea nuestro sentido católico.

Incondicional obediencia al trono de San Pedro

Sin embargo, no conviene que nos quedemos en generalidades. En el tiempo de confusión en que vivimos, no basta con hablar de sumisión a la Iglesia. Conviene ser explícito y hablar enseguida de la infalibilidad papal. La pureza virginal de nuestra inteligencia sólo puede resultar de nuestra afectuosa e incondicional obediencia al trono de San Pedro. Si estamos enteramente con el Papa, estaremos enteramente con la Iglesia, con Jesucristo y, por tanto, con Dios.

Que en la fiesta del gran doctor, nuestro sentido católico encuentre el apoyo de gracias siempre más vigorosas y que estas gracias reciban de nuestra voluntad una cooperación siempre más entusiasta; ésa debe ser la conclusión práctica de nuestra meditación. ✧

Extraído de:
«Meditação na festa de São Tomás».

In: *Legionário*.
São Paulo. Año XIII.
N.º 391 (10 mar, 1940); p. 2.

Amar y conocer es contemplar

El Doctor Angélico explica diversos matices que la contemplación debe manifestar en las almas que desean, aún en esta tierra, ver el rostro del Señor, y nos presenta al Discípulo Amado como prototipo del contemplativo.



✠ Hna. Ana Rafaela Maragno, EP

Considerar, apreciar, observar con atención, trascender de lo físico a lo inmaterial, elevarse de lo natural a lo sobrenatural... ¿En qué consiste exactamente la contemplación? Para responder a este interrogante podríamos definir la contemplación como el acto de reflexionar acerca de algo en busca de su significado más profundo. ¿Sólo sería esto?

Aunque correcto, dicho concepto aún está incompleto, porque si analizamos la cuestión desde el punto de vista teológico veremos que desde la Antigüedad la contemplación era entendida no únicamente como la búsqueda de la esencia de las cosas a través de la razón, sino como el *conocimiento* de ellas en su relación con

el Creador, alcanzando su ápice en la visión del propio Dios.¹

Por eso, ponderaba Santo Tomás de Aquino con gran acierto: «Como elemento principal pertenece la contemplación a la verdad divina, porque tal contemplación es el fin de toda la vida humana».² En consecuencia, la vida contemplativa consiste en *amar* a Dios, ya que la caridad hace que nuestro corazón arda en deseos de ver el rostro del Creador.³

Aliada al amor, la natural inclinación de saber lleva al hombre a remontar a las causas observando los efectos. Así pues, empleando la inteligencia y la voluntad para conocer a través de las criaturas la *Causa causarum* —es decir, el divino Artí-

fice— alcanzará en la vida futura el fin último de la criatura intelectual: ver la esencia de Dios.⁴ Por lo tanto, contemplar ha de ser la primordial ocupación de quien ama y amar ha de ser el fin de todo el que desea contemplar a Dios.

El Doctor Angélico trata más en profundidad sobre la contemplación en su comentario al Evangelio de San Juan, en el que presenta al Discípulo Amado como prototipo del contemplativo, que transmite de manera sublime lo que, movido por la caridad, observó del Hombre-Dios.

No obstante, en grados diferentes, todos estamos llamados a esta contemplación. ¿Cómo alcanzar tal grado de perfección?

La vida contemplativa consiste en amar a Dios, ya que la caridad hace que nuestro corazón arda en deseos de ver el rostro del Creador



Leandro Souza

Adoración al Santísimo Sacramento - Casa de Formación Thabor, Caieiras (Brasil)

Inteligencia y voluntad unidas en la contemplación

El acto de contemplar es propio del intelecto, ya que comporta el objeto del entendimiento, es decir, la verdad. No obstante, Santo Tomás⁵ muestra que no se puede afirmar que este acto pertenezca tan sólo a la inteligencia, porque el impulso para ejercer tal operación le compete a la voluntad, la cual mueve a todas las demás potencias, incluso al mismo intelecto.

Con sabiduría divina, el Salvador expresó esta realidad cuando dijo: «Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón» (Mt 6, 21). De hecho, el hombre que encuentra el «tesoro escondido» (Mt 13, 44) del conocimiento de Dios es movido por el amor a abandonarlo todo para obtenerlo; el corazón constituye el gran motor de sus acciones para alcanzar el bien anhelado por el intelecto.

De esta forma, como el deleite se obtiene cuando se alcanza el objeto amado, el término de la vida contemplativa consiste en el deleite de conocer el objeto deseado. Con cada nuevo pedazo de conocimiento, el amor se vuelve más intenso, ya que el conocimiento produce amor, y el amor, a su vez, anhela conocer siempre más y más.

Pensar, meditar, contemplar

Conviene también considerar que el hombre llega a la intuición de la verdad progresivamente, mediante muchos actos. Así pues, aunque la vida contemplativa se consuma en un solo acto —el conocimiento y el amor de la verdad—, implica muchos actos que preparan esta acción suprema. Según las enseñanzas de Ricardo de San Víctor, Santo Tomás⁶ distingue los términos pensamiento, meditación y contemplación a lo largo de este proceso.

El *pensamiento* es la observación de muchos elementos de los cuales se pretende deducir una simple verdad, vocablo que puede incluir tanto las percepciones de los sentidos que nos dan a conocer ciertos efectos,

como los actos de la imaginación o los discursos de la razón acerca de los distintos signos que puedan llevar al conocimiento de la verdad anhelada.

Por su parte, la *meditación* es el proceso de la razón que pasa a través de los principios para llegar a la consideración de una determinada verdad; y la *contemplación*, en sí, es la simple intuición de la verdad.

Todavía según el Aquinate, el hombre llega a la contemplación de la verdad de dos modos: por un favor recibido o por un esfuerzo realizado. En cuanto al primero, cabe señalar que puede provenir de los hombres —ya sea una enseñanza oral o escrita, lo que requiere la audición o la lectura— o puede tener un origen sobrenatural. Cuando el don viene de Dios, hace falta el concurso de la oración, por lo cual el salmista declara que desde la aurora eleva su plegaria al Señor (cf. Sal 87, 14). En el segundo modo —en el que el hombre aplica su propio esfuerzo para llegar a la contemplación—, la meditación es necesaria.

La realidad invisible contemplada en los efectos divinos

Así, la vida contemplativa abarca dos elementos: el principal y el secundario. El primero es la *contemplatio* de la verdad divina, fin de todas las acciones humanas y pleno gozo eterno. No obstante, esta contemplación

será perfecta sólo en la vida futura, cuando veamos a Dios cara a cara.

En cuanto peregrinos en este valle de lágrimas, poseemos una contemplación imperfecta de la verdad divina, como el reflejo a través de un espejo, confusamente. Por los efectos divinos llegamos a Dios —y en esto consiste el segundo elemento de la contemplación—, conociendo las realidades sólo mediante las cosas creadas.

Por ello, la consideración de las criaturas no ha de ser el ejercicio de una curiosidad estéril, desperdicio de vitalidad o disipación del espíritu, sino un medio —impulsado por la caridad— de trascender a lo que es perenne.⁷

Objetivo último: la bienaventuranza

Sin embargo, aunque la *contemplatio* perfecta sólo ocurra en la eternidad, la contemplación de Dios a través de sus criaturas confiere ya un comienzo de bienaventuranza que, iniciada en esta vida, alcanzará su plenitud en la otra.

*Como favor recibido,
la contemplación
puede provenir de
Dios, por un don, o de
los hombres, a través
de una enseñanza
oral o escrita*

Santo Domingo, de Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia)



Reproducción

En este sentido, Santo Tomás afirma que es imposible que la bienaventuranza del hombre —un bien perfecto que, siendo el fin último, aquieta el deseo— esté en los bienes creados. En efecto, el objeto de la voluntad, la cual mueve al hombre a desear obtenerlo, es el bien universal; y el objeto del intelecto es la verdad universal. Por lo tanto, nada puede aquietar los anhelos del hombre sino el bien universal, que no se encuentra en ninguna cosa creada más que en Dios. Concluye entonces el Doctor Angélico que «la bienaventuranza última y perfecta sólo puede estar en la visión de la esencia divina».⁸

Además, la perfección de la inteligencia se mide por el conocimiento de la esencia de una cosa. No obstante, si el intelecto conoce la esencia de un efecto y, por ella, no es capaz de conocer la esencia de la causa, no se puede decir que el intelecto conozca la esencia de la causa realmente. Ahora bien, si el entendimiento humano, conocedor de la esencia de algún efecto creado, sólo consigue llegar a la existencia de Dios, su perfección aún no alcanza en absoluto la causa primera y en él permanece el deseo natural de investigarla. Por eso, aún no es bienaventurado en plenitud y sólo lo será cuando alcance la perfección en la visión y en el conocimiento de Dios.⁹

Santo Tomás también afirma, basándose en San Agustín, que nadie puede ver a Dios durante esta vida estando sujeto a los sentidos del cuerpo. Para ser elevado a la visión de la esencia divina, el hombre ha de morir de algún modo a este mundo, ya sea separándose totalmente del cuerpo, ya sea prescindiendo de los sentidos carnales.

De hecho, se puede estar en la vida presente de dos maneras: de un modo actual, cuando se hace un uso real de los sentidos corporales, o de un modo potencial, cuando el alma, aun unida al cuerpo mortal como forma de éste,



Visión de San Juan Evangelista en la isla de Patmos - Museo Diocesano de Santarém (Portugal)

El amor al Verbo encarnado hizo que San Juan, viviendo aún en esta tierra, ascendiera a las alturas celestiales y alcanzara la perfecta contemplación

no se sirve de los sentidos corporales ni de la imaginación. En el primer caso, la contemplación jamás podrá alcanzar la visión de la esencia divina; en el segundo, sí, como sucede en el arrobamiento.¹⁰

Sin embargo, a pesar de ser bella y sublime, esta teoría no sería asimilable si no se tradujera en ejemplos concretos, capaces de ilustrar a los hombres en el elevado camino que, a través de la contemplación, conduce al Creador.

Alta, amplia y perfecta: la «contemplatio» joánica

Con la talla de un gran teólogo y la admiración de un santo, el Aquinate nos presenta al Discípulo Amado como modelo de contemplación. Ya en el prólogo de su obra *Lectura super Ioannem*, en la cual comenta de forma magistral el cuarto Evangelio, señala el excelso grado de contemplación que poseía el Apóstol virgen, subrayando que, «mientras los otros evangelistas se ocuparon principalmente de los misterios de la humanidad de Cristo, Juan muestra especial y particularmente en su Evangelio la divinidad de Cristo, [...] sin descuidar por ello los misterios de su humanidad».¹¹

Juan —a quien Jesús más amaba, el que contempló en la tierra la gloria del enviado del Padre, el que reclinó su cabeza sobre el corazón del Verbo Encarnado, el

que, en fin, recibió como depositario su mayor Tesoro al pie de la cruz— experimentó con los sentidos corporales los efectos divinos en el Hombre-Dios y, por otra parte, fue arrebatado y contempló la corte celestial y la gloria del Creador (cf. Ap 4, 2).

Por eso Santo Tomás no duda en afirmar: «Porque Juan trasciende los seres creados —los propios montes, cielos y ángeles— y llega al Creador de todo, [...] se hace manifiesto que su contemplación fue altísima».¹²

Aplicando a la contemplación joánica un pasaje de Isaías, el Doctor Angélico la califica de «alta, amplia y perfecta».¹³ El profeta narra que vio al Señor en un trono de gloria; su majestad cubría la tierra y la orla de su manto llenaba el templo.

A partir de estas palabras el Aquinate describe los tres aspectos de la contemplación del Discípulo Amado: es alta porque, trascendiendo las criaturas, llega hasta el Verbo de Dios —vi al Señor sentado sobre un trono elevado y excelso; amplia, pues se ex-

El reverso del Cielo

Es habitual, en noches particularmente bonitas y agradables, salir a la terraza de casa para observar la vastedad del firmamento poblado de astros. En el espíritu humano sensible, esta contemplación causa verdadero deslumbramiento. [...]

Ahora bien, las constelaciones han sido dispuestas así por Dios y, como todas sus realizaciones, se revisten de una inmensa pulcritud. Debemos comprender que nos hablan del Creador y representan, hasta cierto punto, el «envés de la alfombra» para los que no conocen la visión de conjunto que el propio Altísimo posee del cielo estrellado y no lo consideran según un orden determinado que desde la tierra no nos es comprensible.

El eterno Señor, para infundirnos el deseo de participar en su sabiduría, ha constituido el universo de esta manera, como si nos dijera: «Hijos míos de todas las épocas, el reverso de la alfombra de mi morada es este esplendor. Subid más allá y encontraréis la ordenación misteriosa e insondable que ahora no podéis vislumbrar».

Entonces, nos ha sido reservada lo que se denomina *beatitudo incomprehensibilitatis*, la bienaventuranza de los que no entienden, pero que tienen un alma respetable y jerárquica, y por ello se complacen en admirar y contemplar: «Es incomprendible para mí; no obstante, Dios lo comprende. ¡Oh, maravilla!».

Sepamos, pues, que lo mejor de todo no será cuando veamos y entendamos el orden de las estrellas, sino cuando contemplemos a Dios cara a cara, y en Él percibamos lo insondable de la ordenación estelar. En ese momento comprenderemos, igualmente, cómo habrá valido la pena vivir para amarlo y adorarlo, para servirlo e imitarlo. Habremos buscado conocer este orden en el sentido superior de la palabra, es decir, en último análisis, el divino gobierno del Creador de todas las cosas visibles e invisibles, símbolos suyos, la Perfección de las perfecciones. ✧

CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio.
«Bem-aventurança da admiração».
In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año IX.
N.º 94 (ene, 2006); p. 4.

tiende a la consideración de su poder sobre todas las cosas —*llena está la tierra de su majestad*; y perfecta, ya que lo llevó a adherir con el afecto y el entendimiento a la Suma Verdad contemplada —*lo que estaba debajo de Él llenaba el templo* (cf. Is 6, 1.3).

El Evangelio del Apóstol virgen constituye la manifestación más hermosa del refinamiento de su contem-

plación al transmitir la incomprendibilidad del Verbo, que existía desde el principio, estaba junto a Dios, era el propio Dios (cf. Jn 1, 1-2). «Juan no sólo enseñó cómo Jesucristo, Verbo de Dios, es Dios elevado sobre todas las cosas, y cómo por medio de Él todo fue hecho, sino que también por Él somos santificados y a Él adherimos por la gracia que en nosotros infunde».¹⁴

San Juan alcanzó tal profundidad de visión y fue elevado a la cima del conocimiento mediante la caridad. El amor al Verbo encarnado hizo que, aun viviendo en esta tierra, ascendiera a las alturas celestiales, donde abarcó la amplitud del firmamento y se embriagó en el deleite de la Verdad inmutable, experimentando, por tanto, la *contemplatio* perfecta. ✧

¹ Cf. CONTEMPLACIÓN. In: BERARDINO, Angelo Di (Org.). *Dicionário patrístico e de antiguidades cristãs*. Petrópolis: Vozes, 2002, p. 337.

² SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 180, a. 4.

³ Cf. Ídem, a. 1.

⁴ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Compendium Theologiae*. L. I, c. 104.

⁵ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 180, a. 1.

⁶ Cf. Ídem, a. 3.

⁷ Cf. Ídem, a. 4.

⁸ Ídem, I-II, q. 3, a. 8.

⁹ Cf. Ídem, ibídem.

¹⁰ Cf. Ídem, II-II, q. 180, a. 5.

¹¹ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Lectura super Iohannem*. Prologus, n.º 10.

¹² Ídem, n.º 2.

¹³ Ídem, n.º 1.

¹⁴ Ídem, n.º 8.



El canto del triple secreto

Con habilidad poética e insuperable ortodoxia, Santo Tomás de Aquino legó a la posteridad, en una breve antífona, la explicitación de la doctrina y del misterio inefable contenidos en el augusto sacramento del amor.



✠ Hna. Giovana Wolf Gonçalves Fazzio, EP

En determinada etapa de la infancia, surgen en la cabeza del niño numerosos interrogantes que denotan el deseo de investigar y comprender el mundo que le rodea: es la famosa edad de los «porqués»...

El jovencito empieza a surcar el misterioso mar del conocimiento y con cada «descubrimiento» siente la alegría de haber ganado una batalla más, de haber conquistado un terreno más. En el variado abanico de preguntas que le asaltan, suele aparecer ésta: «¿Cómo es que el ojo, siendo tan pequeño, tiene la capacidad de abarcar tantas cosas como la vastedad del océano, la inmensidad del cielo o la extensión de las montañas?».

Y se pasa los días en busca de una respuesta convincente que tranquilice sus indagaciones —la cual puede tardar años en dilucidarse completamente—, hasta que, quizá desde el pupitre de la escuela, aprende cómo funciona el sistema óptico del ser humano. Sólo entonces descansa su espíritu, con el alivio de haber llegado a una conclusión más.

Ahora bien, así como el ojo tiene la posibilidad de abarcar tantas cosas, Dios creó ciertas almas con la capa-

cidad de sintetizar realidades vastísimas. Es lo que ocurrió con algunos científicos, filósofos, compositores, poetas y escritores que inmortalizaron su memoria marcando la historia con ingenios fabulosos.

Sin lugar a duda, entres estas figuras se encuentra el gran Santo Tomás de Aquino. Cuesta creer que una única mente haya explicitado tantas verdades. Por su admirable inteligencia aliada a una eminente santidad, fue alabado por teólogos, obispos y pontífices de todos los siglos, y con mucha razón León XIII lo compara al sol, pues «animó al mundo con el calor de sus virtudes, y lo iluminó con esplendor».¹

En esta antífona están consignadas las tres realidades que todo sacramento abarca: en relación con el pasado, presente y futuro de nuestra santificación

Teólogo, poeta y santo

Como vemos en la biografía que abre esta secuencia de artículos sobre el Doctor Angélico, con ocasión de la institución de la solemnidad de Corpus Christi,² Urbano IV le encargó a Santo Tomás que compusiera el oficio de la celebración. Sin embargo, superando las expectativas, el santopoeta produjo «una joyita litúrgica que ya ha desafiado siete siglos, y que tal vez sigamos cantando en la eternidad bienaventurada».³ El conjunto de oraciones e himnos que lo forman se considera «lo más tierno, devoto y profundamente teológico que se conoce en la sagrada liturgia».⁴ De él recogemos el *Adoro te devote*, el *Lauda Sion* y el *Ave verum*, entre otros.

Como señala Mons. Biffi, Santo Tomás no sólo supo elaborar magistralmente su teología eucarística, sino que su «contemplación de la Eucaristía fue tan intensa que logró abrir su vena poética e infundió los acentos de la lírica en un impecable y refinado lenguaje dogmático, y de ahí nacieron las secuencias e himnos que todos conocemos y todavía cantamos».⁵

En este oficio del Corpus Christi encontramos una antífona pequeña en tamaño, pero gigante en conte-

nido: se trata del famoso *O sacrum convivium*.⁶ En ella, de hecho, Santo Tomás⁷ dejó consignada la triple realidad que, como él afirma, todo sacramento abarca; es decir, en relación con el pasado, con el presente y con el futuro de nuestra santificación.

Consideremos, por tanto, cada uno de esos aspectos en particular.

Institución de la Eucaristía y memorial de la Pasión

O sacrum convivium in quo Christus sumitur; recolitur memoria passionis eius —¡Oh, sagrado banquete en el que se recibe a Cristo! Se renueva la memoria de su Pasión.

Aquí encontramos dos actos que se interpenetran: la institución de la Eucaristía y el memorial de la Pasión.

A punto de morir, el Señor dejó rebosar el cariño que tenía por sus discípulos: «Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1). ¿Y qué escenario eligió para ello? ¿Una predicación en la sinagoga? ¿Un discurso? No: ¡una cena! La comida con amigos y parientes tiene un carácter sumamente afectivo, afable y acogedor: pasamos el tiempo juntos, nos despedimos de un ser querido o nos reencontramos con alguien muy esperado... Ése fue precisamente el contexto que el divino Salvador escogió para la última confraternización con los suyos: un «banquete sagrado».

Además del aspecto convivencial, Santo Tomás indica tres razones teológicas para la oportunidad de la institución de la Eucaristía en una cena. En primer lugar, porque el Señor no quería dejar solos a quienes tanto amaba; así pues, les

legó no solamente un recuerdo suyo, sino su propia Persona en alimento: «Por eso, cuando Cristo estaba para ausentarse de sus discípulos con su presencia natural, se quedó con ellos con una presencia sacramental».⁸

La segunda razón es la necesidad de que hubiera algo que representara para los siglos futuros el supremo acto de amor realizado por Jesús en

A punto de iniciar la Pasión, Jesús legó a los suyos no sólo un recuerdo, sino su propia Persona en alimento, recibido en un banquete sagrado



Comunión de los Apóstoles en la Última Cena, de Jules-Élie Delaunay - Catedral de los Santos Pedro y Pablo, Nantes (Francia)

su Pasión.⁹ Comenta el entonces cardenal Ratzinger¹⁰ que las palabras del divino Maestro en la Última Cena fueron un ofrecimiento anticipado, en el que midió todas sus consecuencias y aceptó la muerte. Por lo tanto, en la cena pascual hizo su ofrecimiento y en la cruz lo consumó. Y para que se recordara perpetuamente este misterio ordenó: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía» (Jn 22, 19).

Es de suma importancia recalcar que los términos *representar*, *rememorar* y *memorial* son empleados no como un recuerdo evocado a partir de los sentidos internos de la memoria o de la imaginación, sino en el sentido de actualizar, hacer presente la Pasión de Cristo en el sacramento del altar.

La propia cena pascual tenía ese carácter «actualizador» para el pueblo elegido: «El memorial judío no se limita a recordar los hechos salvíficos realizados por Dios en el pasado, sino que los hace presentes en la nueva circunstancia. Se trata de un rito que actualiza la acción salvadora de Dios».¹¹

Asimismo, la cena eucarística no sólo recuerda el ofrecimiento y la muerte del divino Salvador, sino que los renueva de forma incruenta sobre el altar.

Finalmente, como tercer motivo, Santo Tomás explica que convenía que este sacramento fuera instituido en la postrera cena de Cristo con sus discípulos porque «las últimas palabras, muy especialmente al despedirse los amigos, se graban más en la memoria, ya que entonces se inflama más el afecto hacia el amigo».¹²

Transformados en el propio Dios...

Mens impletur gratia —el espíritu se llena de gracia.

Reza el viejo adagio: «Eres lo que comes». Ahora bien, si la salud corporal puede ser medida según los alimentos ingeridos, ¿qué decir de los efectos producidos en el alma del que se alimenta con el propio cuerpo y sangre de Cristo?

En la alimentación corporal, los nutrientes y vitaminas penetran en nuestro organismo convirtiéndose en parte constitutiva de él, como sangre, cabello o músculo, por ejemplo. Sin embargo, Santo Tomás aclara que el alimento espiritual, es decir, la Eucaristía, posee un efecto distinto al natural: no se convierte en nuestra sustancia, sino que nos transforma en lo que comemos.¹³

En la Eucaristía, no somos nosotros los que asumimos a Jesús, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, sino que es Él quien nos asume por completo. Sin duda, ahí está el efecto particular y la gracia específica de este sacramento: la íntima unión del hombre con Cristo, de manera que el fiel, al comulgar, puede exclamar como la esposa del Cantar de los Cantares: «Yo soy para mi amado y mi amado es para mí» (6, 3).

Por eso este sacramento supera en excelencia a todos los demás, pues en él no recibimos solamente un aumento de la gracia santificante, sino al propio autor de la gracia, que prometió: «El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él» (Jn 5, 56).

Ahora bien, ¿cuántas veces nos hemos detenido a meditar sobre quién es este Dios en el cual nos transformamos? En palabras del Discípulo Amado, «Dios es amor» (1 Jn 4, 8); entonces, cuando este Dios-Amor nos

asimila, pasamos a ser su propia caridad... Por tanto, con toda razón lo llamamos sacramento de la caridad.

Sobre este punto escribe Alastruey: «Esta unión del hombre con Cristo se obtiene principalmente por la virtud de la caridad, que encierra en sí poderosa fuerza unitiva y transformativa del amante en el amado».¹⁴ No obstante, sin ser hipostática, substancial o física, es en esa unión moral donde conformamos nuestra voluntad y nuestro afecto al suyo.

*En la Eucaristía,
Jesús nos asume
por completo y se
une íntimamente a
nosotros; ella es prenda
de la gloria futura,
por los méritos de su
Muerte y Resurrección*

Además de unirnos a Cristo y de acrisolar en nosotros la virtud de la caridad, otros efectos derivan de la recepción de este augusto sacramento: aumenta la gracia santificante, sustentando, reparando y deleitando nuestra alma, de manera análoga a lo que hacen la comida y la bebida en el organismo humano; perdona los pecados veniales por el poder de acción de la caridad; previene de pecados futuros, pues la caridad disminuye la concupiscencia y los demonios son

derrotados en virtud de la Pasión de Cristo; promueve la unión entre los miembros de su Cuerpo Místico.¹⁵

Tal interconexión se establece por la Comunión, ya que al estar unidos a Cristo, Cabeza de la Iglesia, mediante este sacramento, necesariamente debe haber una unión recíproca de los fieles entre sí, como miembros de un solo Cuerpo: «Comunicamos y nos unimos unos con otros a través de ella».¹⁶

Prenda de la gloria futura

Et futurae gloriae nobis pignus datur. Como ya hemos visto, en la Eucaristía se renueva la Pasión de Cristo; sin embargo, este sacrificio sólo alcanzó su auge en la Resurrección. Del mismo modo, el banquete eucarístico sólo tendrá su desenlace definitivo en el Cielo, pues para esto murió y resucitó Cristo. En este sentido termina Santo Tomás la antifona diciendo que la Eucaristía se nos da como «prenda de la gloria futura».

«Como la Pasión de Cristo, por cuya virtud actúa este sacramento, es causa suficiente de la gloria —no que nos introduzca inmediatamente en ella, porque antes tenemos que “padecer juntamente con Cristo” para ser después “con Él glorificados”, como dice Pablo—, así este sacramento no nos introduce inmediatamente en la gloria, sino que nos da la capacidad de entrar en la gloria».¹⁷

Comentando esta parte de la antifona, Torell afirma que la «evocación de la esperanza no ocurre por casualidad, porque si la celebración del sacramento está cargada del me-

¹ LEÓN XIII. *Aeterni Patris*.

² El 11 de agosto de 1264, Urbano IV emitía la bula *Transiturus de hoc mundo*, por la cual determinaba la solemne celebración de la fiesta de Corpus Christi en toda la Iglesia.

³ FARREL, OP, Walter; HEALY, STD, Martin J. *El libro rojo de Dios según Santo Tomás de Aquino*. Pamplona: Don Bosco, 1980, p. 598.

⁴ RAMÍREZ, OP, Santiago. Introducción general. In: SANTO TOMÁS DE AQUINO.

Suma Teológica. 3.^a ed. Madrid: BAC, 1964. t. I, p. 51.

⁵ BIFFI, Inos. *L'Eucaristia in San Tommaso «Dottore Eucaristico»*. Teologia, mistica e poesia. Siena: Cantagalli, 2005, p. 9.

⁶ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Officium Corporis Christi Sacerdos*. Vesp. II. Antiphona ad Magnificat.

⁷ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 60, a. 3; q. 73, a. 4.

⁸ Ídem, q. 73, a. 5.



Altar durante una misa en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

morial de la Pasión, está igualmente orientada hacia el cumplimiento del fin de los tiempos, ya que es prenda de la gloria futura.¹⁸

Efectivamente, para que nadie piense que el Reino de los Cielos se conquista con el esfuerzo personal, el Doctor Eucarístico explica que en este sacramento recibimos a aquel que, en virtud de su Muerte y Resurrección, nos abrió las puertas del Paraíso.¹⁹ Y ese efecto escatológico del banquete eucarístico lo confirman las propias palabras del Señor: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, [...] porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el Reino de Dios» (Lc 22, 15-16).

Nuestra unión con Cristo y con los demás miembros de su Cuerpo Místico aquí en la tierra, por medio de la Eucaristía, es una prefigura de la felicidad que tendremos en el Cielo. Si la convivencia entre los que se aman causa tanta alegría en esta vida, ¿qué decir de nuestra plena unión con Dios y con los bienaventurados en la eternidad?

Hay un «puente» entre el amor manifestado en la Última Cena y el holocausto consumado en la cruz, pues el verdadero amor sólo se demuestra en el sacrificio

Dolor y amor: sacrificio que conduce a la gloria

Ahora bien, ¿qué llevó a Dios a darnos tanto? ¡El amor! Un amor desmedido, total, completo... propiamente infinito. Un amor que se aniquiló a sí mismo en favor de aquellos a los que amaba, derramando su sangre, al ser clavado en una cruz.

Cuando existe un amor verdadero y puro, éste lleva al amante a querer darse enteramente al amado, de manera que ni siquiera la vida corporal

es capaz de interponerse en tal donación; si fuera para el bien del otro, estará dispuesto a entregar hasta su propia existencia. Ejemplo máximo de esta realidad nos lo ofrece el Salvador, cuando murió y se entregó a los hombres en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13).

Hubo, pues, una especie de «puente» entre el amor manifestado durante la Última Cena y el holocausto consumado durante la Pasión. De donde se puede concluir que el divino Maestro quiso enseñarnos que sin sufrimiento no hay amor, porque el verdadero amor sólo se comprueba en el sacrificio.

No despreciemos esta lección del Señor que tenemos diariamente ante nosotros, en los altares del mundo entero, y sepamos abrazar con generosidad todas las pruebas y cruces que la Providencia nos envíe, sabiendo que al final recibiremos una recompensa demasadamente grande: la perfecta unión con Cristo en el Cielo. ✧

⁹ Cf. Ídem, ibídem.

¹⁰ Cf. RATZINGER, Joseph. *La Eucaristía centro de la vida: Dios está cerca de nosotros*. 2.^a ed. Valencia: EDICEP, 2003, p. 32.

¹¹ SAYÉS, José Antonio. *El misterio eucarístico*. 2.^a ed. Madrid: Palabra, 2011, pp. 23-24.

¹² SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 73, a. 5.

¹³ Cf. Ídem, a. 3.

¹⁴ ALASTRUEY, Gregorio. *Tratado de la Santísima Eucaristía*. 2.^a ed. Madrid: BAC, 1952, p. 225.

¹⁵ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 79, a. 4-7.

¹⁶ SAN JUAN DAMASCENO. *De fide orthodoxa*. L. IV, c. 13: PG 94, 1154.

¹⁷ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 79, a. 2, ad 1.

¹⁸ TORRELL, OP, Jean-Pierre. *Saint Thomas en plus simple*. Paris: Cerf, 2019, p. 81.

¹⁹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 79, a. 2.

«*Dichosos aquellos de vida intachable*»

La vida religiosa llevada con perfección se trasladó de la abadía a una casa de familia, y de ésta a una oscura prisión. La Providencia preparaba así la victoria de una víctima de agradable olor, martirizada por el furor revolucionario.



✠ **Hna. María Susana Carneiro, EP**

A siete kilómetros de la ciudad de Orange, al sur de Francia, se encuentra la pequeña capilla de Gabet. Una mirada naturalista y distraída podría considerarla un monumento más de piedad, entre los innumerables que existen olvidados en Europa. La realidad, sin embargo, es otra. Se trata de un piadoso relicario de los restos mortales de más de trescientas víctimas de la sangrienta Revolución francesa.

Entre ellas destacan, por su paciencia y heroísmo, treinta y dos religiosas llevadas al patíbulo por su fidelidad a la Santa Iglesia. Y en la vanguardia del virginal y angélico cortejo de las mártires de Orange se encuentra la Beata Susana Águeda Deloye.

En la juventud, resplandece una llamada

El 4 de febrero de 1741 nacía en la entonces tranquila ciudad de Sé-

rignan, Susana Águeda Deloye, hija de José Alexis Deloye y Susana Jean-Clerc. Sus padres, fervorosos católicos, supieron darle una educación ejemplar, fundamentada en sólidos principios de amor a la religión, que resplandecerían durante las persecuciones por las que pasaría en el futuro.

Después de llevar una infancia virtuosa y saludable, cuando tenía 20 años les pidió permiso a sus padres

Fotos: Reproducción



Una pequeña capilla cerca de Orange es el preciado relicario de los restos mortales de más de trescientos mártires de la Revolución Francesa

Capilla de Gabet, Orange (Francia). A la derecha, el lugar donde fueron enterrados los mártires

para seguir el camino religioso. Habiendo recibido su consentimiento, ingresó en la abadía benedictina de Caderousse.

Dentro de sus sagradas paredes la joven, ahora Hna. María Rosa, viviría durante treinta años, en una rutina de oración, trabajo y silencio. Aunque no lo sospechara, en cada acto, en cada sufrimiento alegremente soportado o humillación libremente aceptada, el divino Esposo la preparaba para el gran día de la «boda del Cordero» (Ap 19, 7).

La Revolución francesa se levanta contra la Iglesia

Llegado el año de 1789, la Revolución francesa se levanta como un tifón devastador, atentando contra todo orden social forjado durante siglos bajo el benéfico influjo de la Santa Iglesia. Pronto será extinguida la monarquía, el matrimonio real decapitado y la Iglesia brutalmente perseguida.

Y, de hecho, los agentes del desorden no tardaron en dirigirse contra la Esposa Mística de Cristo, pues, por su doctrina, moral y dogmas, la consideraban su más terrible enemiga. En 1790 la Asamblea Constituyente nacionaliza los bienes eclesiásticos y promulga la Constitución civil del clero, obligando a todos los eclesiásticos a prestar juramento al Estado. Los votos religiosos dejan de ser reconocidos por la ley temporal y los monasterios son cerrados.

De ahí en adelante, muchos sacerdotes y religiosos comenzaron a ser cazados como animales por no doblar las rodillas ante ese régimen que camufla su impiedad bajo la dudosa máxima de libertad, igualdad y fraternidad.

Religiosa incluso sin monasterio

Cuando las nuevas disposiciones entraron en vigor, las religiosas



Desde sus primeros pasos, la Revolución demostró una saña brutal contra los sacerdotes y religiosos, cuya valentía brilló de un modo especial en los días del Terror

Monjas bajo amenaza revolucionaria,
de Eugene de Blaas

de la abadía de Caderousse fueron obligadas a abandonar su tan amado monasterio. A partir de entonces perderían todo reconocimiento ante la ley y se volvieron simples «ciudadanas» y, peor aún, en breve, «criminales»...

Susana Deloye se refugió en la casa de su hermano, Pedro Alexis, en Sérignan. Pero ni las amenazas de los agentes del Terror ni el cierre de la abadía la disuadieron de llevar una vida monacal. Permaneciendo fiel a sus votos religiosos, edificaba a todos con su continua piedad.

Pedro Alexis era un católico ejemplar. Sus tres hijas se habían consagrado a Dios antes de que estallara la persecución. Las dos mayores se dedicaron al servicio de los pobres enfermos en el Hospital Santa Marta de Aviñón, y la tercera hija, Teresa Rosalía Deloye, entró en la Orden del Santísimo Sacramento de Bollène.

La santa valentía de los primeros cristianos brillaba en Pedro, reluciendo de un modo especial durante los días del Terror. Sin recelo de arriesgar su propia vida, escondió en la buhardilla de su casa a uno de los sacerdotes que rechazó prestar juramento a la Constitución civil del clero. Gracias a esto, los fieles de la región pudieron asistir varias veces a la santa misa y recibir los sacramentos durante ese período de crisis.

La persecución...

La nueva rutina de la Hna. María Rosa se interrumpió el 2 de marzo de 1794, cuando recibió la orden de presentarse en la prefectura de Sérignan para prestar el juramento revolucionario y renunciar a la religión católica. Además de ella, fueron convocadas otras religiosas del monasterio del Santísimo Sacramento de Bollène: Teresa Enriqueta Faurie y

Ana Andrea Minutte.

A pesar de que fueron presionadas —en nombre de la libertad— a adherirse a los dictados de la Revolución, ninguna consintió. Entonces le dieron un plazo de diez días para que pudieran reflexionar sobre esta negativa que, a los ojos de los comisarios, parecía intolerable. Fue tal la voracidad en perder a estas almas puras que las tres fueron nuevamente convocadas aun antes de la fecha estipulada. Sin embargo, ¡no cedieron!

Susana y sus dos compañeras, junto con el P. Antonio José Lusignan, recibieron entonces una orden de prisión. ¿Sus crímenes? Haberse negado a cambiar su fe y fidelidad a la Iglesia por la sumisión a un gobierno sanguinario y corrupto. Sabían ellos que la conciencia pura vale más que una vida apóstata.

El comité de vigilancia local ordenó que la Hna. María Rosa y los otros

condenados fueran recogidos en una misma carreta y llevados a la prisión. Las tres monjas «se reencuentran con emoción en esas circunstancias dramáticas y se dan el beso de la paz. Es mediodía. Las religiosas cantan el *Regina Cæli* mientras el carro se pone en marcha, escoltado por dos guardias. Dirección: la prisión de La Cure en Orange».¹

Transformar el purgatorio en una antecámara del Paraíso

El día 10 de mayo llegaron a la cárcel. Tan triste ventura podría haberlas desanimado fácilmente. ¿Qué posibilidades había de escapar del patíbulo, podrían preguntarse, ya que los comisarios revolucionarios no estaban preocupados por la justicia sino por eliminar cualquier forma de oposición? Sin embargo, en sus almas guardaban firmemente cimentado el amor del Maestro que las había llamado y la esperanza en el Reino que les esperaba tras las luchas de esta vida. He aquí la razón de la alegría y la constancia que demostraron en su cautiverio.

Para sorpresa de Susana, allí se encontraban confinadas muchas monjas. A pesar de pertenecer a congregaciones distintas y de seguir diferentes reglas, un solo ideal las anima en esta circunstancia: continuar viviendo como religiosas. «[Se trata] de transformar el purgatorio en una antecámara del Paraíso. Todas saben que cuando salgan a la superficie de la tierra y encuentren la luz del día, será para entrar en la gloria eterna. [...] La prisión debe ser una prolongación del claustro para permitirle a cada cual una vida de silencio, de oración y de ofrenda».²

Gradualmente van estableciendo reglas y horarios. A las cinco de la mañana: medi-

tación; a las seis: rezo conjunto del oficio de la Santísima Virgen y de las oraciones de la santa misa; a las ocho: la letanía de los santos. Concluida ésta, cada una confiesa en voz alta sus faltas y se prepara para recibir espiritualmente la sagrada comunión. Algo antes de las nueve se llama a los presos destinados a juicio, momento en el que todas renuevan sus votos religiosos, dispuestas a sufrir todo lo que sea necesario.

En poco tiempo, la cárcel se impregnó del buen olor de las virtudes y de los actos de generosidad que las religiosas ofrecían al Señor por amor. Movidas por su buen ejemplo, otras prisioneras se convirtieron y cobraron valor para entregar sus vidas y alcanzar la palma del martirio.



Prestar el juramento revolucionario era una auténtica apostasía; Susana nunca traicionaría a su Señor y prefería perder su cuerpo a su alma

Religiosas a punto de ser guillotinas, de Paul Hippolyte Delaroche

Las comidas de los cautivos eran mantenidas por sus familiares, quienes acudían todos los días a la cárcel con esta finalidad. El 4 de julio, un viernes, la tía de Susana le llevó una sabrosa sopa. Ella se lo agradeció, pero no la aceptó, e incluso le dio una respuesta que edificó a todas sus hermanas de ideal presentes, diciendo que «toda su vida había ayunado los viernes y no iba a ser en la víspera de su muerte que se permitiría faltar a la abstinencia».³

De hecho, al día siguiente, 5 de julio, comenzaría su martirio.

Condenados por fanatismo y superstición

«¡Ciudadana Deloye!», resonó con voz metálica en la prisión, convocando a la fiel religiosa a declarar en el tribunal. Apenas tuvo tiempo de despedirse de sus hermanas, a las que nunca más volvería a ver, e inmediatamente fue llevada al banquillo de los acusados. Había una quincena de personas allí llamadas a juicio. Entre ellas, Susana pudo reconocer al P. Lusignan, con el que había hecho el trayecto desde Sérignan hasta Orange.

El fiscal Viot hizo saber a todos los «crímenes» por los que serían juzgados el sacerdote y la religiosa. «Lusignan, excusa, y Susana Águeda Deloye, exmonja, son ambos culpables de los mismos delitos: bastante enemigos de la libertad, lo han intentado todo para destruir la República a través del fanatismo y la superstición; refractarios a la ley, se han negado a prestar el juramento que ésta les exigía».⁴

Susana fue la primera interrogada. Al ser la única mujer presente y la primera convocada de entre las religiosas, esperaban que flaqueara. El

presidente de la comisión popular, Fauvety, la instó de inmediato a prestar juramento revolucionario. Demostrando la misma firmeza con que los mártires de los primeros siglos enfrentaban las turbas enloquecidas y las fieras hambrientas del Coliseo, la benedictina no consintió. Declaró que el juramento era una verdadera apostasía; ella nunca traicionaría a su Señor y prefería perder su cuerpo a su alma. Para el jurado, el asunto estaba cerrado: la condenaron por fanatismo y superstición.

Idéntico fue el veredicto para el sacerdote, ya que era tenido por conspirador contra Francia. Ambos permanecieron presos en los juzgados, a fin de recibir la sentencia definitiva al día siguiente. Como ya sospechaban cuál sería, pasaron la noche en ardientes oraciones al divino Mártir, ofreciéndole sus vidas como sacrificio de agradable olor.

A la guillotina...

Al día siguiente, fueron convocados para oír su sentencia de muerte. A las seis de la tarde, las dos víctimas ya se encontraban en la plaza de la Justicia —no podía haber nombre más irónico—, a la sombra de la temible guillotina. «La emulación de morir como dignos mártires es tal que no se sabría decir si era la religiosa quien sustentaba la valentía del sacerdote o el sacerdote la da de la religiosa».⁵ Lo cierto es que ambos caminaban hacia la muerte con santa alegría.

Susana Deloye fue la primera en subir al patíbulo. El verdugo hizo que se tumbara sobre una tabla, a la cual amarró su torso y sus pies. A continuación, estando su cabeza debidamente perfilada en el lugar del suplicio, soltó la lámina, que instantáneamente la decapitó. Sus ojos, cerrados para esta vida, se abrieron para la eternidad mientras su ejecutor le mostraba al público vociferante su ensangrentado rostro.



Jean-Louis Zimmermann (CC by-sa 2.0)

Su sangre fue la primera en ser derramada. Ofrecida por amor, reafirma la victoria de Dios y, ante el Juez divino, pide venganza y reparación

Mártires de Orange - Catedral de Nuestra Señora de Nazaret, Orange (Francia).
En lo alto se ve a Susana entre ángeles

En la prisión, las demás religiosas habían oído el redoble de tambores que anunciaba la ejecución. Entonces rezaron las oraciones de los agonizantes y luego cantaron el salmo *Laudate Dominum*, en señal de júbilo. Al son de estos cánticos de alabanza, los restos mortales de Susana Deloye fueron depositados en una carreta y arrojados a una fosa común.

«Dichoso el que, con vida intachable, camina en la ley del Señor»

En todas las épocas, los enemigos de la Iglesia piensan que logran sofocar su crecimiento arrancando de la tierra a sus hijos más dilectos. Pero la sangre de estas víctimas, ofrecida por amor, no hace más que reafirmar la victoria de Dios. Ante el divino y justo Juez, este sacrificio clama venganza y reparación, atrayendo gracias para que otros entren en el redil del único Pastor.

La Beata Susana Deloye y sus compañeras mártires bien merecen el elogio que hace el salmista: «Dichoso el que, con vida intachable, camina en la ley del Señor»

(Sal 118, 1). Incluso soportando el sufrimiento, fueron fieles y, por tanto, su sacrificio continúa moviendo la historia y los acontecimientos según los designios de Dios. ¡Sigamos su ejemplo!

En 1832 se erigió la capilla de Gabet sobre el foso en que fueron indignamente enterradas más de trescientas personas guillotinas. Y en 1925 el papa Pío XI beatificó a las treinta y dos religiosas mártires de Orange, cuya fiesta conjunta se celebra el 9 de julio, aunque la de la Beata Susana se conmemora el día 6 de julio, fecha de su ejecución. Así, el recuerdo de aquellos que la Revolución quiso sepultar en el olvido permanecerá para siempre, pues dieron su vida por el Redentor, que nunca se olvida de los suyos. ✧

¹ NEVIASKI, Alexis. *Les martyres d'Orange*. Paris: Artège, 2019, p. 169.

² Ídem, p. 173.

³ Ídem, p. 209.

⁴ Ídem, ibídem.

⁵ REDON, apud NEVIASKI, op. cit., p. 211.

Constante preocupación por la educación de sus hijos

En medio de la decadencia de la sociedad, Dña. Lucilia enfrentó el desafío de formar a sus hijos en la santidad, comprendiendo así el verdadero sentido de educar.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Doña Lucilia se esmeraba por darles a sus hijos, en casa, la mejor educación posible. No obstante, en 1919 se vio en la necesidad, no sin gran aprensión, de tener que matricular a Plinio en una escuela, por haber alcanzado la edad adecuada para ello. Naturalmente debería ser la mejor de São Paulo —por entonces el Colegio San Luis, de los jesuitas. El niño debía continuar sus estudios bajo la orientación de los discípulos de San Ignacio; aunque esto no bastaba para tranquilizar su maternal corazón. Era plenamente consciente de los peligros que, ya en aquel tiempo, podía acarrear la convivencia entre estudiantes.

¿Cómo reaccionaría su hijo al entrar en choque con un mundo tan opuesto a la preservación moral, inherente al ambiente de su hogar? ¿Resistiría o se dejaría arrastrar por las malas influencias recibidas de sus nuevos compañeros? Sólo el futuro lo diría.

Un día, el propio Plinio trató el tema de los estudios con su madre. Sus primos, que ya frecuentaban aquel colegio, le habían invitado insistentemente a que fuera a estudiar también con ellos. Un primo más allegado, a fin de atraerlo con más facilidad, le dijo que en el patio del recreo había muchos cerezos y que uno de los pasatiempos de los alumnos era comer sus sabrosos frutos en los intervalos de las clases.

Dos mundos en constante oposición

El primer día de colegio, después de una o dos clases, llegó la hora del recreo. Al salir al amplio patio, Plinio buscó a sus primos con la mirada, en medio de aquella multitud de niños gritando y corriendo de un lado para otro, pues le habían prometido presentarlo a los otros compañeros. Y ¿dónde estarían los codiciados cerezos? Finalmente, apareció uno de sus primos, jadeante, agitado:

—¡Plinio! —gritó.

—Y los cerezos, ¿dónde están? —preguntó el nuevo alumno, deseoso de, ya en aquel primer intervalo, deleitarse con su manjar preferido.

—¡Vamos a jugar al fútbol! —respondió su primo.

Para Plinio, comenzaba la dura batalla de la vida, con sus tragedias, desilusiones y fracasos, la cual inevitablemente ha de librar todo hijo de Adán. La primera decepción fue la de no encontrar los soñados cerezos. Después, ante sus ojos, dos mundos se desarrollaban uno junto al otro, si bien que en constante oposición: el de los sacerdotes que, vueltos hacia lo sagrado, por su porte grave y su austero atuendo, creaban en torno de sí una atmósfera que simbolizaba la tradición y recordaba las verdades eternas; y el de los alumnos, entusiasmados, en aquella postguerra, con las «mo-

dernidades» soeces de Hollywood y atraídos por las costumbres simples y fáciles de ahí derivadas. No era difícil distinguir aquí y allá los primerísimos gérmenes de las tendencias anarquistas y libertarias que décadas más tarde infectarían a la sociedad.

En el colegio, estas dos influencias antagónicas se alternaban naturalmente varias veces a lo largo del día. Iniciado el intervalo de las aulas, salían todos en fila y en silencio hasta la entrada del patio, y un profesor muy joven, vestido con traje eclesiástico, tocaba el silbato. A esta señal, se diría que un torbellino se desataba sobre los niños, lanzándolos a correr en las más variadas direcciones. Entre ellos, algunos más agitados se reunían en el lugar acostumbrado del patio para contar cierto tipo de chistes o para criticar y ridiculizar a determinados profesores; otros, para tramar alguna pequeña sedición contra una norma de disciplina incómoda. La gran mayoría era arrastrada por sus lidercillos, al capricho de las olas de los nuevos tiempos.

Por mucho que aquellos buenos y piadosos sacerdotes jesuitas predicasen durante meses seguidos la doctrina ortodoxa, al reunirse los alumnos en el recreo, un argumento o un chiste, lanzado por un niño en una conversación de cinco minutos, podía reducir a la nada todo el esfuerzo empleado por los maestros durante horas y horas de clase.



¿Cómo reaccionaría su hijo al entrar en choque con un mundo tan opuesto a la preservación de su hogar?

Plinio con 8 años, en 1916

Plinio no se dejó dominar por el ambiente y aunque su apariencia física —tez muy blanca, cabello rubio y cuerpo delgado— no fuera apropiada para intimidar a sus interlocutores, decidió enfrentar la situación. En el fondo, optó por la lucha, a fin de preservar en su alma aquella inocencia que Dña. Lucilia había protegido y cultivado con tanto celo en su primera infancia. Ahora le correspondía a él, y sólo a él, conservar intacta e inmaculada la vestidura blanca que había recibido en el Bautismo: la fe y la castidad.

Aprensión materna

Doña Lucilia observaba discretamente las mínimas reacciones de su hijo para ver si estaba resistiendo a las malas influencias o si, de modo imperceptible, se iba dejando llevar por ellas. Por su manera de hablar, de gesticular, de tratar a los demás y, sobre todo, por ese «sexto sentido» que sólo el desvelo materno transmite, ella trataba de discernir los eventuales síntomas de adaptación a los nuevos patrones.

Cuando se acercaba la hora de la vuelta del colegio, al final de la tarde,

Dña. Lucilia salía a la terraza para esperarlo. Quería verlo llegar a lo lejos para observar los matices tal vez dejados en el espíritu y la forma de ser de su hijo, al llevar en sí vestigios acumulados, de ambientes tan diversos como el colegio, la calle y el hogar familiar.

Entonces entraba, y desde una ventana lo veía abrir y cerrar con calma el pesado portón del jardín, subir juiciosamente las escaleras que conducían a la morada y tocar el timbre. Lo esperaba en una sala, lo abrazaba, lo besaba y le daba la bendición. Se tranquilizaba al notar que su hijo seguía siendo el mismo, como el primer día de clase.

Un cambio determinado por la fidelidad

Cierta vez, sin embargo, percibió un cambio brusco. Plinio llegó con un montón de libros y de cuadernos debajo de cada brazo. El portón del jardín no tenía echado el cerrojo; le dio una patada y, después de entrar, lo empujó con el hombro para cerrarlo; atravesó el jardín con paso rápido y firme y subió las escaleras corriendo, saltando los escalones de dos en dos.

Doña Lucilia, que miraba desde la ventana, en un instante sacó todas las conclusiones de lo que había visto, pensando consigo: «Ya es como los demás. Está totalmente transformado». A pesar de esta aprensión clavada en el alma, lo recibió con el mismo afecto de siempre, quizá ese día más que de costumbre, limitándose tan sólo a preguntarle:

—Hijo, ¿cómo te han ido las clases?

Y únicamente escuchó la respuesta que Plinio solía darle, pues era un alumno excelente:

—¡Muy bien, mamá!

Y hasta el final del curso, todo transcurrió igual en la trasformada forma de ser de Plinio, hasta que, años después, su madre y él se abrieron a hablar sobre el asunto. Al principio, Plinio era muy afable y ceremonioso



A pesar del cambio de actitudes, todo exterior y meramente táctico, no cedió en su fidelidad

Plinio en el Colegio San Luis, en 1921

en el colegio, fiel a la educación que había recibido de ella, mientras que algunos de sus compañeros empleaban maneras «deportivas», consideradas varoniles. En poco tiempo, se dio cuenta de que, para hacerse respetar por los demás alumnos, tenía que mostrarse enérgico en el trato e imponerse casi por la fuerza cuando los argumentos de la razón no bastaban. Entonces, decidió ensayar la forma de ser «deportiva», lo que realmente le granjearía la simpatía de ciertos compañeros.

En este diálogo explicativo entre madre e hijo, Plinio le hizo ver a Dña. Lucilia que, a pesar de esa transformación, toda exterior y guiada por el sentido práctico, absolutamente nada había cambiado en sus principios y en su fidelidad a la educación recibida en casa. Lo que su cariñosa madre reconoció con facilidad y de buen grado. ✧

Extraído, con adaptaciones, de:
Doña Lucilia. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, pp. 244-249.



Los años se suceden y la piedad de los devotos de Nuestra Señora de Fátima no hace más que crecer en todo el orbe. Misas, procesiones, romerías y coronaciones de la imagen peregrina fueron algunas de las actividades religiosas impulsadas por los Heraldos del Evangelio con ocasión del 106 aniversario de las apariciones de la Santísima Virgen en Cova da Iria.

Las celebraciones tuvieron lugar en Roma, Venecia y Mira (Italia); en la catedral madrileña de la Almudena (España); en el Santuario Nacional de Nuestra Señora de Fátima, de Namaacha (Mozambique); en las ciudades de Hudson y Miami (Estados Unidos); Medellín, El Retiro y Tocancipá (Colombia); Quito, Cuenca, Ibarra y Manta (Ecuador); Asunción



al mundo entero

e Ypacaraí (Paraguay); Santo Domingo y Bonao (República Dominicana); así como en Canadá, México, Guatemala, Nicaragua, Costa Rica, El Salvador, Perú, Bolivia, Chile, Uruguay, Argentina y Sudáfrica.

Destacan asimismo las capitales brasileñas de Manaus, Belém do Pará, Fortaleza, Brasília, Cuiabá, Campo Grande, Río de Janeiro y Belo Horizonte; e igualmente las ciudades de Moreno (Pernambuco), Lauro de Freitas (Bahía), Montes Claros y Juiz de Fora (Minas Gerais), Caieiras (São Paulo), Nova Friburgo, Campos dos Goytacazes, Aperibé y Papucaia (Río de Janeiro), Maringá, Ponta Grossa y Piraquara (Paraná), y Joinville (Santa Catarina).



Venecia (Italia)

Ricardo Schneider



Stephen Naudi



Marcelo Vincenti

Santiago de Chile



Xavier Jacob

Ypacaraí (Paraguay)



Hernández Ro



El Salvador



Guatemala



David Ayuso

Caieiras (Brasil)



Tatiane Oliveira

Montes Claros (Brasil)



Michelle Guzmán

Santo Domingo



Antonio Lutiens

México



Universidad ofrece beca a quien abandone el «smartphone»

La Universidad Franciscana de Steubenville, Ohio (Estados Unidos), considerada una de las más católicas del país, ha lanzado un innovador proyecto de ayuda económica a los estudiantes que se desprendan de sus *smartphones* durante el curso: la beca *Unplugged* (desenchufados, en inglés).

El proyecto, que en este semestre ha beneficiado a treinta alumnos con 5.000 dólares para sufragar gastos académicos, ha repercutido favorablemente entre los estudiantes, animando a otros muchos a abrazar este cambio, incluso sin recibir el beneficio. Según el testimonio de los jóvenes, el hecho de pasar un semestre sin usar esos dispositivos ha mejorado su concentración y productividad, y les ha ayudado a encontrar momentos para la oración, lectura y charlar con los amigos, en un mundo más allá de las pantallas de sus teléfonos inteligentes.



La última Trapa de lengua alemana será cerrada

Los últimos cuatro monjes de la Trapa de Stift Engelszell, Austria, anunciaron el próximo cierre del mo-

nasterio, fundado en 1925. A pesar de los intentos de la comunidad por mantener la vida religiosa en ese lugar, la falta de vocaciones y la avanzada edad de sus miembros pesaron a favor de la decisión.

Agradeciéndole a los monjes su trabajo en la región, el obispo de Linz, Mons. Manfred Scheuer, lamentó este desenlace —doloroso, pero previsible— y anunció que estaba en negociaciones con la dirección de la orden para acompañar el cierre del monasterio y el traslado de los religiosos de la mejor manera posible.



Multitudinario homenaje a la Virgen de los Desamparados

Con motivo del centenario de la coronación canónica de la Virgen de los Desamparados, 12.000 personas llenaron la Plaza de Toros de Valencia, España, en una histórica celebración.

La Gran Vigilia Diocesana fue presidida por el arzobispo metropolitano, Mons. Enrique Benavent Vidal, y contó con momentos de oración, testimonios, meditación, cánticos, adoración al Santísimo Sacramento y ofrenda floral a la *Mare de Déu*. Tras dos horas de homenaje, la imagen procesional de la Virgen desfiló delante de todos los presentes y se marchó a su basílica entre aclamaciones y cantos de los fieles.

Jóvenes franceses promueven el canto litúrgico

Más de 500 jóvenes se reunieron en la sexta edición del encuentro de canto litúrgico católico, *Ecclesia*

Cantic, realizado en Toulouse, Francia, los días 6 al 8 de mayo. La iniciativa, que tiene como objetivo «profundizar en el repertorio del canto polifónico para servir mejor a la liturgia», es considerada por los organizadores como una buena oportunidad para «conducir a Dios a través de la belleza», y una ocasión propicia para el descubrimiento de nuevos talentos.

Además de participar en conferencias y talleres técnicos y espirituales, los jóvenes animaron las celebraciones litúrgicas de varias parroquias y concluyeron el encuentro con un gran concierto abierto en el Halle aux Grains de Toulouse.

Reavivamiento eucarístico en Estados Unidos

A fin de preparar a los fieles para el próximo Congreso Eucarístico Nacional, la Conferencia de los Obispos Católicos de Estados Unidos está promoviendo una peregrinación eucarística por el país, que tendrá dos meses de duración: comenzó el domingo de Pentecostés, 19 de mayo, y concluirá el 16 de julio, fecha inaugural del congreso. Dividida en cuatro rutas diferentes, la peregrinación recorrerá cerca de 10.000 km y visitará sesenta y cinco diócesis, ocasión en la que los fieles podrán participar de celebraciones eucarísticas, adoraciones al Santísimo y conferencias sobre este augusto Sacramento, entre otras actividades y devociones.

En armonía con ese empeño del episcopado estadounidense, el Centro de Información Católica (CIC) de la archidiócesis de Washington promovió el 20 de mayo una procesión eucarística por las calles centrales de la capital, recorriendo incluso las inmediaciones de la Casa Blanca. Según el P. Charles Trullols, director del CIC, la procesión expresa la creencia de los católicos en la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo y es un testimonio público de la veneración al Santísimo Sacramento.

Exposición del fragmento más grande de la cruz de Cristo

El monasterio de Santo Toribio de Liébana, Cantabria (España), celebra su Año Santo Jubilar exponiendo a la veneración de los fieles su famoso *Lignum Crucis*. Esta reliquia, conocida por ser uno de los fragmentos más grandes y verosímiles de la cruz en que Jesús fue clavado, llegó al monasterio en el siglo VIII, junto con los restos mortales de su santo protector, a fin de protegerla del avance musulmán en la península ibérica.

A lo largo de la historia, miles de peregrinos veneraron la reliquia, obteniendo especial protección en tiempos de epidemias y de peste. Se trata de una parte del brazo izquierdo de la cruz, albergada en un relicario de plata dorada; en ella se puede ver el lugar donde clavaron la mano del Salvador.



Francisco Lecaros

«Lignum Crucis» del monasterio de Santo Toribio de Liébana (España)

Las Hermanas de la Caridad dejan Nueva York

Las Hermanas de la Caridad de Nueva York, la primera congregación religiosa femenina erigida en suelo estadounidense, dejarán la ciudad más de doscientos años después de su fundación por Santa Elizabeth Ann Seton en 1809. La comunidad —otrota muy próspera en Estados Unidos— no ha recibido ninguna vocación en los últimos veinte años, lo que ha llevado a las directoras a tomar la difícil decisión de iniciar el «camino de la disolución» del instituto.

Aunque satisfechas con la acción evangelizadora realizada en escuelas y hospitales del país durante estos dos siglos, las religiosas reconocen que la extinción de la comunidad dejará un profundo vacío en toda la región de Nueva York.

Canadá retira símbolos religiosos de su corona real

Las autoridades canadienses promovieron un cambio en los emblemas de la corona real canadiense, el cual se implementó a partir del 6 de mayo, fecha de la coronación de Carlos III. Manteniendo el formato original de la corona Tudor, los líderes decidieron quitar la cruz y el orbe que adornaba la parte superior, y sustituirlos

por un copo de nieve. Además, las emblemáticas cruces heráldicas con flores de lis dieron paso a las hojas de arce canadiense.

Aunque el gesto acabe negando los siglos de historia y tradición cristiana de la nación, la gobernadora general de Canadá, Mary Simon, cree que la nueva corona desprovista de símbolos religiosos refleja el «deseo de evolucionar para satisfacer las necesidades y circunstancias del país».



Reproducción

Exhumado el cuerpo incorrupto de una religiosa estadounidense

Los restos mortales de la Hna. Wilhelmina Lancaster, OSB, fallecida en 2019 con 95 años, fueron encontrados aparentemente incorruptos al ser realizada su exhumación para trasladarlos a otro lugar, el 18 de mayo. A pesar del deterioro del ataúd de madera y de la gruesa capa de moho que cubría el cuerpo, éste se presenta en buen estado

de conservación, y el hábito que lo reviste está notablemente preservado. La noticia se difundió por las redes sociales, llevando hasta la abadía de Nuestra Señora de Éfeso a miles de visitantes deseosos de ver el cuerpo y pedir la intercesión de la religiosa fallecida.

La Hna. Lancaster fundó la Congregación de las Benedictinas de María Reina de los Apóstoles, en Gower (Missouri), en 1995. Su profunda piedad mariana y su amor a la vida religiosa marcó fuertemente la comunidad y aún hoy es fuente de inspiración para las monjas.

Una capilla más de Adoración Perpetua

La ciudad de Girona, España, inauguró una nueva capilla de Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento. Con ella suman sesenta y nueve las capillas de adoración en todo el territorio español, número que ha crecido considerablemente en el país desde la pandemia de Covid-19.

La nueva capilla desea reparar las ofensas contra Jesús Eucaristía, y se dispone a implorar gracias para la conversión del mundo y la instauración del Reino de Cristo sobre la tierra. Se calcula que para cubrir las 24 horas del día son necesarios 400 adoradores inscritos.

La torre que tocó el Cielo

Una misteriosa edificación... tenía solamente los cimientos, un poco del suelo y algunos centímetros de pared. ¿Qué arquitecto la concluiría?

✠ Lorena Mello da Veiga Lima



Cierto hombre estaba sentado con los codos sobre las rodillas y una de sus manos debajo la barbilla. No es raro encontrar gente así. Pero no podemos decir lo mismo cuando se trata de un obispo... ¡y más aún en el Reino de los Cielos!

—Agustín, te veo muy pensativo. ¿Qué ha ocurrido?

—¡Ay, Pablo! Estoy preocupado por la Iglesia militante. Ya estamos a doce siglos después de Cristo, pero parece que todavía falta algo que ayude a los hombres en su santificación.

—También estuve pensando en ello —concordó el Apóstol—. Creo que la humanidad no conoce suficientemente las cosas de Dios.

—Tienes razón. Ya puse de mi parte mientras vivía en la tierra. Pero nadie continuó mi obra debidamente...

—Te apoyaste en el filósofo Platón, Agustín. Sin embargo, también había mucha cosa útil en Aristóteles.

Éste, al oír su nombre, se acercó.

—Disculpad, ¿me habéis llamado? ¿Os puedo ayudar en algo?

Los dos le permitieron que se uniera a la conversación y le contaron lo que estaban discutiendo. Entonces el maestro griego se pronunció:

—Cuando llegué aquí, al Paraíso, después de un buen tiempo de purifi-

cación, Nuestro Señor Jesucristo —la *Causa causarum* que jamás hubiera imaginado yo que se encarnaría para salvar a la humanidad— me reveló que mis palabras serían comprendidas a la luz de la fe y que darían una base sólida a la doctrina de su Iglesia. Pero sigo esperando que eso suceda...

—Dirijámonos a Dios y pidámosle que nos revele sus designios al respecto —decidió San Pablo categóricamente.

Arrodillados ante el trono de la eterna divinidad, expusieron el problema: ¿qué hacía falta para que los hombres de aquel siglo crecieran en el conocimiento de Dios, a fin de amarlo más y santificarse? El Señor, infinitamente paternal y majestuoso, apuntaba con el dedo al mundo, mostrándoles una edificación: estaban los cimientos, un poco de suelo y unos centímetros de pared levantada. Y explicó:

—Mirad, se está construyendo una torre que llegará hasta la puerta de las santas moradas.

—¡Oh, suprema Belleza! —exclamó el Águila de Hipona—. ¿Es esto una nueva Babel?

—No, Agustín. La torre de Babel me desafiaba orgullosamente; ésa, en cambio, me traerá muchos hijos por sus escaleras.

Los tres comprendieron que el Altísimo estaba preparando algo especial y percibieron que no sería reverente insistir en sus averiguaciones.

Al día siguiente —si se puede decir que exista el «día» en el Cielo—, estando reunidos de nuevo, se fijaron en dos ángeles de la guarda, uno de los cuales llevaba una niña en su regazo. Aristóteles le preguntó:

—¿Una nueva bienaventurada? ¿Tu protegida?

—¡Sí! —le respondió el ángel—. Estaba durmiendo en su cuna, junto con su hermano gemelo, cuando cayó un rayo de las nubes y entró por la ventana abierta de la habitación y sólo la alcanzó a ella.

El Apóstol de las gentes se adelantó:

—Tras haber visto de cerca la muerte varias veces, mi experiencia me dice que cuando la Providencia le conserva la vida a alguien de una manera tan sorprendente, como hizo con el pequeño que estaba al lado de la niña, es porque le reserva alguna misión importante.

Los ángeles se miraron y sonrieron. El que estaba con las manos desocupadas tenía expresiones más misteriosas; fijó la vista en los tres bienaventurados y les dijo antes de retirarse:

—Rezad por él. Es mi custodiado y se llama Tomás.

San Pablo, San Agustín y el Filósofo reanudaron su conversación, que resultó muy animada por la fuerte impresión de que la visión que Dios les había mostrado tenía relación con el bebé superviviente.

—Estaré muy atento al niño. Algo hay detrás de esta historia —reflexionaba Aristóteles, a lo que los otros dos asintieron.

* * *

Cuando Tomás era aún muy pequeño, cierto día su institutriz notó, mientras lo preparaba para el baño, que el niño agarraba con fuerza algo en una de sus manos. En vano intentó abrírsele, pues se resistía. Extrañada con el comportamiento de su hijo, siempre tan dócil, su madre decidió hacer caso omiso a los llantos del niño y averiguar de qué se trataba. Cuál no fue su sorpresa al abrirle la mano y ver el tesoro que Tomás guardaba con tanto aprecio: un trozo de pergamino, en el que estaban escritas las palabras *Ave Maria*.

A medida que el amor a la Emperatriz del Cielo crecía en aquel inocente corazón, la enigmática edificación iba perfeccionándose: sus cimientos se fortalecían y el pavimento se completaba.

Tomás había crecido un poco. Era sereno y meditativo. Cuando llegó a la edad de los «porqués», su mayor aspiración se resumía en una pregunta, repetida muchas veces por él: «¿Quién es Dios?».

Siempre que interrogaba a los más cercanos y buscaba la respuesta, las paredes de aquel edificio subían un poco más. La torre empezaba a adquirir bellísimas proporciones. San Agustín, San Pablo y Aristóteles acompañaban, admirados, el portentoso acontecimiento.

Más tarde, aquel muchacho se haría religioso. En cierta ocasión, un fraile lo llamó agitadamente:

—Ven a verlo, Tomás. ¡Ahí fuera hay un buey volando!

Se acercó a la ventana, pero no vio nada, tan sólo escuchó las carcajadas de su compañero:

—Jajaja, ¿te lo has creído? ¡Jajaja!

Sin ningún resentimiento ante tal humillación, Tomás fijó su vista en la mirada del mentiroso y le dijo con seriedad:

—Es más fácil creer que un buey esté volando que un religioso, mintiendo.

Concomitantemente, la parte superior de la edificación fue terminada. En su interior había un magnífico techo gótico; afuera, una punta imponente. Era de un esplendor increíble. Dios sonreía y los tres bienaventurados quedaban impresionados.

Tomás, además de virtuoso, era un alumno excelente. Nunca dejaba una tarea para después, no hacía nada con pereza. Sus estudios resplandecían por su sincero

amor a Jesucristo, y cada día su inteligencia aumentaba por un don sobrenatural.

Esta gran capacidad intelectual, aliada a una santidad angélica, hizo que la torre fuera revestida de colores y de brillo, tanto por dentro como por fuera.

Los años pasaban y con cada acto de fidelidad de Santo Tomás de Aquino aumentaba la resistencia y la belleza de la obra. ¿Qué más se le podría agregar al edificio? Parecía que ya estaba concluido...

Estando enfermo y a las puertas de la muerte, pidió comulgar por última vez. Al ver al Santísimo Sacramento acercándose, exclamó:

—Te recibo, precio de la redención de mi alma, viático de mi peregrinación. Por tu amor, Jesús mío, he estudiado, predicado, enseñado y vivido. Mis días, mis suspiros, mis trabajos han sido todos para ti.

Este acto de amor, por encima de cualquier ambición de riquezas y conocimientos, colocó el pasamanos en la torre y revistió las escaleras con magníficos mármoles, significando que para alcanzar la gloria no basta únicamente aplicar el raciocinio; sobre todo, es necesario inflamarse de caridad, sin la cual nadie sube al Cielo.

* * *

Cuando Santo Tomás de Aquino murió, la torre estaba terminada: era extraordinaria y su punta tocaba las puertas del Paraíso. Esta torre está formada por las enseñanzas del gran doctor de la Iglesia. Gracias a él, muchas almas crecen hasta el día de hoy en el conocimiento de la doctrina católica, se acercan a Dios y llegan a las moradas celestiales, donde serán felices eternamente.

Subamos también esa torre. No busquemos solamente el conocimiento de Santo Tomás, sino imitemos su abrasado amor a Nuestro Señor Jesucristo. ✧

Los tres se preguntaban: ¿qué le faltaba a los hombres para crecer en el conocimiento de Dios?



LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. San Domiciano, abad (†s. V). Primer eremita de los alrededores de Lyon, Francia, que fundó en el valle de Breton un monasterio de vida contemplativa.

XIII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Swithun, obispo (†862). obispo de Winchester, Inglaterra. Según la tradición, fue capellán del rey Egberto de Wessex y tutor de su hijo, el príncipe Ethelwulf.

3. Santo Tomás, apóstol.

San León II, papa (†683). Amigo de la pobreza y de los pobres, confirmó los decretos del III Concilio de Constantinopla.

4. Santa Isabel, reina (†1336 Estremoz, Portugal).

Santa Berta, abadesa (†c. 725). Habiendo enviudado, se hizo religiosa en el monasterio fundado por ella misma, en la ciudad de Blangy, Francia.

5. San Antonio María Zaccaria, presbítero (†1539 Cremona, Italia).

Santas Teresa Chen Jinxi y Rosa Chen Aixie, vírgenes y mártires (†1900). Durante la persecución de los bóxers, en China, murieron en defensa de la virginidad y de la fe cristiana.

6. Santa María Goretti, virgen y mártir (†1902 Nettuno, Italia).

Beata María Teresa Ledóchowska, virgen (†1922). Noble austríaca, fundadora de la Congregación de las Hermanas Misioneras de San Pedro Claver, en Roma, dedicada a auxiliar a las misiones en África.

7. San Wilibaldo, obispo (†787). Hijo del rey de Inglaterra, San Ricardo. Después de pa-

sar algunos años en el monasterio benedictino de Montecassino, acompañó a San Bonifacio, su tío, en la evangelización de Germania.

8. San Disibodo, eremita (†s. VII). Ermitaño que, habiendo reunido a varios discípulos, fundó un monasterio a orillas del río Nahe, Alemania.

XIV Domingo del Tiempo Ordinario.

San Agustín Zhao Rong, presbítero, y **compañeros**, mártires (†s. XVII-XX China).

San Nicolás Pieck, presbítero, y **compañeros**, mártires (†1572). Sacerdote franciscano torturado y ahorcado por los calvinistas, junto con diez religiosos de su orden y ocho sacerdotes del clero diocesano, en Den Briel, Países Bajos.

10. San Pedro Vincioli, presbítero y abad (†1007). Reedificó en Perugia, Italia, la iglesia de San Pedro y construyó a su lado un

monasterio donde introdujo la disciplina cluniacense.

11. San Benito, abad (†547 Monte Cassino, Italia).

Beato Bertrando, abad (†1149). Agregó a la orden cisterciense su monasterio de Gran Selve, Francia.

12. Beato David Gunston, mártir (†1541). Caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén ahorcado en el patíbulo de Southwark, Londres, por negar la autoridad de Enrique VIII en asuntos espirituales.

13. San Enrique, emperador (†1024 Grone, Alemania).

San Silas. Enviado por los Apóstoles para predicar a los gentiles, junto con San Pablo y San Bernabé.

14. San Camilo de Lelis, presbítero (†1614 Roma).

San Marchelmo, presbítero y monje (†c. 775). Fue discípulo de San Wilibrordo desde su infancia y su compañero en las lides evangelizadoras. Falleció en Deventer, Países Bajos.

15. San Buenaventura, obispo y doctor de la Iglesia (†1274 Lyon, Francia).

San Vladimiro, príncipe (†1015). Nieto de Santa Olga de Kiev. Se convirtió al cristianismo y llamó a misioneros para evangelizar a su pueblo.

XV Domingo del Tiempo Ordinario.

Nuestra Señora del Carmen.

Santa María Magdalena Postel, virgen (†1846). Durante la Revolución francesa usó de sus bienes para auxiliar a los enfermos y, en general, a todos los fieles. Establecida la paz, fun-



Beata María Teresa Ledóchowska

dó en Cherbourg, Francia, la Congregación de las Hijas de la Misericordia.

17. San Andrés, eremita (†1031).

Fue a Hungría a petición del rey San Esteban y llevó una vida de extrema austeridad, en los alrededores de los montes Cárpatos.

18. San Bruno, obispo (†1123). Trabajó y sufrió mucho por la renovación de la Iglesia, siendo perseguido por ello. Obligado a abandonar la diócesis de Segni, se refugió en la abadía de Montecassino.

19. Santa Áurea, virgen y mártir (†856). Llevada ante los jueces de Córdoba, España, abjuró de la fe cristiana por temor, pero luego se arrepintió y fue martirizada.

20. San Elías Tesbíta, profeta.

San Apolinar, obispo y mártir (†s. II Ravena, Italia).

San Vulmaro, presbítero (†c. 700). Religioso benedictino de la abadía de Hautmont, llevó durante un tiempo vida eremítica y fundó, posteriormente, dos monasterios en el norte de Francia.

21. San Lorenzo de Brindis, presbítero y doctor de la Iglesia (†1619 Lisboa).

San Alberico Crescitelli, presbítero y mártir (†1900). Sacerdote del Pontificio Instituto para las Misiones Extranjeras, asesinado con excesos de crueldad en las proximidades de Shaanxi, China.

22. Santa María Magdalena.

San Vandregisilo, abad (†c. 668). Abandonó la corte del rey y abrazó la vida monástica. Ordenado presbítero, fundó el monasterio de Fontenelle, célebre en la Edad Media como centro de



San Alberico Crescitelli

espiritualidad y escuela de artes y oficios.

23. XVI Domingo del Tiempo Ordinario.

Santa Brígida, religiosa (†1373 Roma).

Beata Juana, virgen (†1306). Religiosa de las Hermanas de la Penitencia de Santo Domingo, de Orvieto, Italia. Ardorosa devota de la Pasión del Señor.

24. San Sarbelio Makhlúf, presbítero (†1898 Annaya - Líbano).

Beata Luisa de Saboya, religiosa (†1503). Hija del Beato Amadeo, duque de Saboya. Habiéndose casado con Hugo, príncipe de Chalon, enviudó aún joven y abandonó los honores y riquezas mundanas para hacerse clarisa de la reforma de Santa Coleta.

25. Solemnidad del apóstol Santiago.

Santa María del Carmen Sallés y Barangueras, virgen (†1911). Fundadora de la Congre-

gación de las Hermanas de la Inmaculada Concepción, en Burgos, España.

26. Santos Joaquín y Ana, padres de la Virgen María.

San Erasto. Tesorero de la ciudad de Corinto, que prestó sus servicios al apóstol San Pablo.

27. Beata Lucía Bufalari, virgen (†c. 1350). Religiosa oblata de la Orden de San Agustín, de Amelia, Italia.

28. Santos Prócoro, Nicanor, Timón, Pármenas y Nicolau. Cinco de los siete «hombres de buena fama, llenos de espíritu y de sabiduría» (Hch 6, 3), escogidos por los discípulos para auxiliar a los Apóstoles.

29. Santa Marta.

San Guillermo Pinchón, obispo (†1234). Obispo de Saint-Brieuc, Francia, brilló por su bondad y sencillez y por defender los derechos de la Iglesia y de su grey.

30. XVII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Pedro Crisólogo, obispo y doctor de la Iglesia (†c. 450 Imola, Italia).

Beato Manes de Guzmán, presbítero (†c. 1235). Hermano de Santo Domingo y su colaborador en la expansión de la Orden de Predicadores. Murió en Caleruega, España.

31. San Ignacio de Loyola, presbítero (†1556 Roma).

San Fabio, mártir (†303/304). Cristiano condenado a muerte en Cesarea de Mauritania, actual Argelia, por negarse a llevar la bandera del gobernador en una ceremonia pagana.

Nada más que Tomás

El barroquismo de la obra podría hacerla, a primera vista, sobrecargada de ornamentos sin sentido. No obstante, cuando profundizamos en su simbolismo, nuestra mirada crece en admiración por al Aquinate.

✠ P. Felipe de Azevedo Ramos, EP



La escuela cuzqueña de pintura se caracteriza por la aplicación de colores vivos, por los dibujos vibrantes y por la pluralidad de ornamentos. Para representar al príncipe de la escolástica no fue diferente: el lienzo está lleno de alegorías, cuyo significado requiere redoblado análisis. Además, las inscripciones latinas están truncadas. Tales características, no obstante, constituyen un estímulo para escudriñar detenidamente esa obra de arte.

En la escena, mimetizando a la Virgen María, Santo Tomás de Aquino tiene la luna bajos sus pies, en la cual se lee: «El insensato cambia como la luna» (Eclo 27, 12), al paso que los sabios, como él, están «vestidos de sol» (cf. Ap 12, 1), según reza la inscripción de su cintura.

Siempre emulando a Nuestra Señora, el santo combate contra una hidra, símbolo de la herejía. La mano que agarra a la luna es de Martín Bucero, luterano y exdominico, que habría pronunciado las palabras grabadas allí en parte: «Quítame a Tomás [y destruiré la Iglesia]». En esta disputa, ya sabemos quién ganó...

Ante la heterodoxia, el santo doctor permanece sereno, según su apodo de «buey mudo», representado en la esquina inferior izquierda. Con relación a esto declaró su maestro San Alberto Magno: «Le llamamos buey mudo, pero dará tales mugidos con su doctrina que resonarán por el

mundo entero».¹ Y así fue... Por eso, también lo apodaron Doctor Común.

En el lado opuesto, aparece un unicornio, asociado por la mitología a la pureza. Ahora bien, esta virtud fue la más frecuentemente atribuida al Aquinate en los testimonios de su canonización. Este hecho se debe a su victoria contra la lujuria cuando su propia familia, entristecida por su vocación religiosa, lo mandó a una cárcel privada con una meretriz para que lo tentara. El joven Tomás la repelió con un tizón en llamas, siendo por ello premiado con un cingulo de castidad, traído del Cielo por una pareja de ángeles, reproducida a la izquierda del lienzo.

En referencia a este episodio, le fue otorgado el título de Doctor Angélico en el siglo xv. Por esta razón aquí se le representa con alas de ángel y laureles de honor sobre su cabeza, además de un birrete doctoral y banderas académicas en azul y rojo, colores de las cátedras de Filosofía y de Teología, respectivamente.

Las fuentes y los jardines circundantes son emblemas de la ciencia y de la sabiduría en la universidad: han de fluir como las aguas y florecer más allá de sus recintos, en donde el Maestro de las escuelas sea así invocado: «Sois mi gloria y mi corona» (cf. Flp 4, 1).

Debajo de los ángeles se lee que ellos lo confortaron con su «diligencia», mientras que del otro lado figuran San Pedro y San Pablo, favore-

ciéndolo con el «obsequio». En cierta ocasión, después de rogar el auxilio divino para interpretar intrincados pasajes del profeta Isaías, Santo Tomás se granjeó la sabia asistencia de estos pilares de la Iglesia. Luego de esto, los tomó como intercesores para la redacción de sus obras, como la *Catena Aurea* —en latín, cadena dorada—, alegóricamente representada sobre sus hombros.

La placidez del santo no fue un obstáculo para combatir el mal. Su pluma es como la flecha septiforme del Paráclito, que le inspira directamente al oído. Sus escritos se nutrían de una intensa vida de oración —destáquese el rosario sujeto a su cintura— y por una arraigada devoción a la Eucaristía —plasmada en la custodia junto a su pecho—, de la cual fue el poeta por excelencia.

La mirada del Aquinate se detiene en la Iglesia, sostenida por la *Suma Teológica*, en cuyo borde se lee el célebre veredicto de Juan XXII en su canonización: «Escribió tantos artículos como milagros realizó».

De la cruz emanan las mismas palabras pronunciadas por Jesús al Angélico, tres meses antes de su muerte: «Has escrito bien de mí, Tomás». El imaginativo pintor cuzqueño coloca además las siguientes palabras en los labios del santo doctor: «No habría escrito bien del Hijo, si hubiera escrito mal sobre la Madre».

El Aquinate, de hecho, tuvo un raptó místico, que lo llevó a anhelar



Reproducción

«Santo Tomás de Aquino, protector de la Universidad de Cuzco» - Museo de Arte de Lima

el Cielo y arrojar al fuego todas sus obras, al considerarlas paja con relación a lo que había visto... ¡Menos mal que un secretario logró salvarlas!

En realidad, después del elogio, el Señor le preguntó: «¿Qué recibirás de mí como recompensa por tu labor?».

A lo que el santo le respondió: «Nada más que tú, Señor».²

Tras contemplar los múltiples atributos del angélico doctor en esta pintura, podríamos replicarle a Jesús de manera análoga: «¿Qué más le falta a Tomás?». La respuesta de Cristo

bien podría ser: «Nada más que Tomás». ♦

¹ GUILHERME DE TOCCO. *Ystoria Sancti Thome de Aquino*, c. 13. Toronto: PIMS, 1996, p. 118.

² Ídem, c. 34, p. 162.

«Camino de salvación»,
de Andrea de Bonaiuto -
Iglesia de Santa María
Novella, Florencia (Italia)



Reproducción

Gracias al impulso de los frailes predicadores, entre los cuales destaca Santo Tomás de Aquino, la escolástica alcanzó la cúspide de su brillo, maravillando al mundo entero por la perfecta exposición de la teología y de la filosofía. La Iglesia le conferiría a la Orden Dominicana la custodia del sagrado depósito de la Revelación, y sus miembros serían calificados como «martillos de la heterodoxia».

Esta familia religiosa completó el cuadro de las principales corrientes de espiritualidad que componían, en toda su riqueza de matices, la gloria de la civilización cristiana. En esa bendita época se cumplió en cierto modo la petición del Padre nuestro: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el Cielo». Y de ahí resultó el florecimiento de la santidad en todas las clases y estados de vida.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP